Kostas Axelos

Hacia una ética problemática

taurus

Madrid, 1972

PRELIMINARES

1

¿Tratamos —pero *quiénes* o más bien *qué* somos los que tratamos— de encontrar una ética? ¿Una ética, llamémosla nueva? ¿Pero qué quiere decir nuevo de ahora en adelante? Las éticas antiguas, todas ellas destinadas a conocer renacimientos parciales y combinaciones diversas, mientras domina una tradición ética sintética, ¿no han llegado a ser imposibles de practicar consecuentemente como tales, al quedar como impensable e impracticable toda idea del bien supremo? ¿No se revelaría como casi impracticable y altamente problemática la "nueva" ética en el punto de intersección de lo que se designa bajo el nombre de teoría y de lo que se viene llamando práctica? ¿Dónde está el lado oculto del problema moral —que no es tan sólo problema moral—, dónde reside el problema? ¿Qué es lo que crea el problema? Y ¿cómo puede ser expuesto? Etica —el vocablo griego— remite a moral —la palabra latina

considerada como traducción de la griega—, entremezclándose ética y moral, aunque la moral se refiere más a un conjunto de reglas prácticas y concepciones teóricas con ellas relacionadas y la ética signifique sobre todo un juego más especulativo que, sin embargo, apunta también a principios de acción. En el mundo hay fenómenos llamados morales, una conciencia que se llama moral, una formulación de conceptos y de doctrinas éticas, de orientaciones éticas; todo esto, en su mezcolanza y en el compromiso, se expresa y puede expresarse cada vez en un lenguaje específico, en varios lenguajes. No se trata, en todo caso, solamente de decir sino también de hacer —¿qué tipo de diálogo liga y desliga el decir y el hacer?—, de pensar en lo que se hace, de leer o de proponer las reglas del juego; la relativa riqueza y ambigüedad del vocabulario nos permite decir lo "mismo" con otras palabras, toda acción moral es, por lo menos, ambivalente y ambigua, es decir, puede recibir varias significaciones —en el proceso global de la pérdida de significación general—, contiene múltiples implicaciones, teóricas y prácticas a su vez, cumple diversas funciones, plantea un problema. Ya decir y pensar no forman un todo único; pero ¿de qué modo juegan entre sí el decir y el hacer? Con nosotros juegan palabras, pensamientos, que sobrepasan las leyes de la reflexión y acciones que no comprendemos con exactitud,

siempre pendientes del problema único, ramificado: ¿qué pensar y cómo pensar, qué hacer y cómo hacerlo? Salta a la vista que hoy no sabemos pensar y que tampoco sabemos en nombre de qué hemos de actuar. Hay algo que sigue su curso y que busca su estilo de juego, algo que se dice, se piensa, se hace y se deshace a través de nosotros, arrastrándonos con él. El camino es tan importante —si no más— como el resultado.

Una moral y una ética más o menos implícitas o explícitas nos gobiernan y acompañan, como una luz y una sombra a la vez, en nuestro caminar. ¿Hacia dónde? ¿Para qué? Buscamos la vida a la que aceptaríamos unirnos a pesar de que no existe la "vida verdadera". Este estilo de vida que buscamos, ¿revela una ética?, ¿implica una ética? Probablemente. En nuestro itinerario que no hace ya referencia a ninguna verdad, cuando hayamos reconocido nuestra finitud, todavía tendremos que reconocer y asumir nuestra limitación. ¿Puede ayudarnos a ello la ética? ¿Qué ética? En todo caso no pertenece solamente al ámbito de la ética lo que como tal se formula. Invisible piloto, obedeciendo al mismo tiempo a otros poderes y otras fuerzas, la ética gobierna nuestras actitudes de pensamiento y acción, nos hace orientarnos en una u otra dirección, orientada ella misma. Lo que pensamos, lo que hacemos, está condicionado a lo previo por una especie de creencia y de fe, una

disposición prerreflexiva hacia el mundo que también se inscriben en la ética. Nosotros, hombres de la miseria planetaria, de esta era que remata la modernidad más que comenzar algo nuevo, ¿tenemos necesidad de una ética? Lejos de todo moralismo y poniendo en entredicho el orden moral, conservador y revolucionario, cuyas largas oleadas corren el riesgo de inundar el planeta, sin aferrarnos a la revuelta ciega, que ni tan siquiera es destructiva —la tarea de la destrucción es un trabajo de envergadura—, ¿qué podemos esperar todavía de cualquier ética que, como toda pedagogía, ya sea instructiva o de altos vuelos, no puede hacer otra cosa que enfrentarse a sus propios fracasos? Es ahí donde está el peligro que provoca también la salvación, donde resuena una palabra más romántica y milenaria que salvadora. ¿Hay en ello, ya desde ahora y para el porvenir (que, recogido en el pasado, hace tabla rasa del presente en cuanto futuro) alguna salvación? Todos, incluso los más osados, parecen reclamarla o, por lo menos, bajo una u otra forma, esperarla: Hegel con el espíritu absoluto, Marx con el comunismo integral, Nietzsche con el superhombre, Heidegger con la verdad del ser. Como si no pudieran soportar de otra manera lo que existe y lo que se hace, lo que ha cesado de "ser" y se ha hecho juego, más que esperando en una alteridad fundamental, aunque hayan sabido entrever el secreto del Sí-mismo.

No se trata, pues, de hacer que entre en juego el preludio de una ética de la beatitud futura, de la salvación final, de la suprema dicha. Se trata, por el contrario, de problematizar de un extremo al otro el edificio de los edificios éticos, la ética misma, la ética que nos gobierna, las éticas simplemente de oposición que quedan ancladas en lo que pretenden negar, porque son un negativo, no constituyen más que una negación indeterminada. Sin embargo, ¿qué es la ética? ¿De dónde recibe su llamada y cómo nos lanza la suya? Si todavía se puede, con cierto simplismo, definir la moral como ese conjunto de reglas del juego que inspiran y mantienen nuestra conducta y las transgresiones, la ética, ya de por sí problemática y, al mismo tiempo inseparable de la moral, *se queda* en problemática, es decir, plantea el problema que hace pensar. El deslizamiento, en doble sentido, de las nociones (ideales) de la ética y de los hechos (efectivos) de la moralidad, su cohesión y más aún, sus contradicciones, a su vez teóricas y prácticas, dan igualmente que pensar. La autonomía de la moral-ética es, o se quiere que sea, específica: del mismo modo es heterónoma.

La ética ha hundido sus raíces en los grandes poderes que religan el juego del hombre y el juego del mundo, ligada a ellos íntimamente, dirigida por ellos y dirigiéndolos. Todo —magia, mitos y religiones; poesía y arte; política; filosofía; cien-

cia y técnica— van parejos con cierta moral corriente y usual, más proclamada que practicada, y prescriben una ética normativa. Esta moral y esta ética, en su indistinción diferenciada, hunden sus raíces en *la magia, los mitos* y *la religión.* Así toda ética es mágica, mitológica y de inspiración religiosa. Es preciso decirlo: ante los fundadores de las grandes religiones orientales y —¿sobre todo?— occidentales, los filósofos y los moralistas aparecen como pobres aficionados. Sin Dios, o su sustituto, sin fundamento onto-teo-lógico, al fin de cuentas mitológico, se ha creído que la moral y la ética se hacían ininteligibles e impracticables. Continuaban, sin embargo, arrastrando su existencia, aun en el corazón de una religiosidad atea, destinada a conocer oposiciones, a veces explosivas, pero muy raramente productivas e innovadoras. Los lazos de la ética con la onto-teo-logía y la mística permanecen aún en la sombra. Ya a nivel de la religión y de su supervivencia en el ateísmo no se ve cómo se empalman los eslabones de la cadena. Al paganismo, ¿quién no lo sabe?, sucede el cristianismo, "verdad" del judaísmo; al cristianismo sucede el laicismo-socialismo, del cual no hay todavía herederos visibles que vayan a absorberlo. El hombre nuevo que quiere proclamar una nueva ética es ya muy antiguo y cristiano (paulino). Pero aún menos visibles son los lazos de la ética que se quiere a sí misma humanista —funda-

da exclusivamente en y por el hombre— con la ética religiosa y ontológica; los mandamientos del Dios difunto quieren ser recogidos por el hombre sólo, primero individualizado, más tarde socializado. El final manifiesto y perpetuado del reino onto-teo-lógico del predicativo y del copulativo, afecta inevitablemente a toda posición y a toda proposición, a todo juicio y a todo andamiaje que traten de llegar al ser y a ser. El comienzo latente de la-palabra-y-de-la-acción profética, que avanza inspirada en un pasado que jamás ha existido como tal— se nos hace aún inasequible. Consiguientemente, el fin continuado de la religión y la muerte de Dios, el naufragio de la ética de recambio y el vacío a que está abocada, ¿indican que desde ahora es imposible cualquier ética? Sin embargo, estamos siempre reglamentados por una ética. Que no llegamos a pensar y a practicar. Vida y vacío del hombre y de Dios se interfieren. Hay máscaras que ocultan el vacío. Vida y vacío se interfieren.

La moral y la ética hunden igualmente sus raíces en la *política:* así, toda política genera una ética, presuponiéndose ambas, recíprocamente; la pregunta de la determinación unitaria o primitiva queda abierta (si se rehusan las facilidades y las trampas del materialismo y del idealismo) y es capaz de admitir varias interpretaciones. Tomando el relevo de la religión para realizarla en un mundo

aparentemente desacralizado y laico, la política pretende solucionar el destino de la ética; la considera como algo de su jurisdicción. Sus conflictos, sin embargo, están lejos de apaciguarse. A la razón de Estado y a las racionalizaciones de los revolucionarios corresponden las dudas en el corazón de los ciudadanos, las aspiraciones a alguna desmitificación de los ídolos políticos, de los engranajes, de las estrategias y de las tácticas. La duda es, ciertamente, un indicio. Pero las suciedades que ofuscan a las almas piadosas son inevitables en política (hasta hoy día por lo menos) y hunden inevitablemente y progresivamente en el pantano del compromiso *todas* las intenciones y proclamas que la ética misma de los políticos estaba llamada a rehusar. Estas almas esperan que mañana hará bueno. Tremendamente bueno. Lo que puede suceder después de las desmitificaciones particulares e incompletas no ha encontrado su lugar. La política continúa jugando unitariamente en los dos tableros: el de lo real (y su primacía), el de lo ideal (y su primacía). Y el socialismo-y-comunismo, el más noble ideal ético y político que haya inspirado jamás a los hombres, instalado en la tribuna de su idealidad, ¿puede llegar a ser otra cosa que aproximativa y progresiva, insatisfactoria e imperfecta realidad? El marxismo continúa siendo idealista, aunque profese una teoría y una praxis materialistas. Este materialismo ha de suprimirse sin

duda un día, según la doctrina, después de su realización, para que pueda desplegarse el ideal, móvil de la acción. El ideal no por ello cesa de estar condicionado por lo material. La política en general, el marxismo en particular, no salen del círculo vicioso materialismo-idealismo. Por otra parte, no es la política moribunda la que puede dar el salto y no hay una política radicalmente nueva para los radiantes días venideros. El sueño renovado de la democracia directa —¡a escala planetaria!— y de la autogestión a través de las comunas y los consejos —¡en tiempos de la dominación de la técnica!— que se imagina poder paliar todas las insuficiencias de la democracia representativa y parlamentaria, con grandes aparatos de opresión, es uno de los motores, que se avería, de la contemporánea ética política. En cuanto a la anarquía ¿no es el sueño de durmientes despiertos? Rechazamos el estado de cosas existente sin reconocer en profundidad su procedencia y su destino. Es casi imposible elaborar una ética o una política a partir, únicamente, de nuestras negativas. Atrapados por la negatividad nos envenenamos por el exceso y hasta por la búsqueda de una brizna de positividad. Negatividad y positividad se condicionan mutuamente. A la creciente inseguridad, en el interior de los grandes conjuntos más que consolidados, se enfrenta esta necesidad, constantemente urgente, de construir también la vida: desde el hacer el

2

amor hasta las relaciones amistosas y sociales, desde la vida profesional hasta el trabajo en las instituciones y la inserción en el Estado. Como si los planteamientos del problema, los interrogantes, las oposiciones no bastasen para ayudarnos a ser y a hacer. Ni la negatividad ni la positividad llevan consigo nuestra aquiescencia. ¡Qué difícil es el consentimiento problemático, mal reconciliado con la vida y la muerte! Para nosotros, seres de la finitud, que no podemos ni tan siquiera asirnos a esta finitud y quedarnos satisfechos sea cual sea este juego. No menos que la ética la política está minada. Le es tanto más difícil afrontar el problema ético y con más razón resolverlo, cuanto más entra en la fase de su culminación, estando casi a punto de ser reemplazada por la organización y la administración tecnocientíficas. Hoy en día, más que nunca, esta candidez "eterna" frente a la política está fuera de lugar; la política ha de ser concebida con el máximo cinismo. En esta dirección, ¿habrá abdicado la ética? ¿Dónde ha sido (re)cogido lo que está desapareciendo *como tal*?

La ética hunde también sus raíces en la *poesía* y el *arte*, en las que está implicada, aunque no la prescriban. Poesía y arte se han desplegado sobre el suelo de la ciudad. ¿No se despliegan ya? La sospecha es persistente: el gran poderío que formaron poesía y arte está como muerto, en lo que se refiere a su destino supremo. No es que no con-

tinúen dándose en ella "poesía" y "arte". Sin embargo, se ha producido ya un cierto cambio que entrega el poder de la poesía y el arte al que los anula como tales y sin superarlos al mundo de la técnica y lo que lo gobierna y que permanece en la oscuridad. Si, pues, en el pasado la ética ha podido encontrar no sólo rivales, sino asimismo aliados en la poesía y el arte, estos aliados en el transcurso de su propia andadura problemática reniegan de su amistad. Se ha yuxtapuesto u opuesto el estadio estético y el estadio ético (Kierkegaard), siendo este último más completo y dando paso al estadio metafísico. Inversamente ha habido puntos de vista estéticos del mundo, subordinándose a ellos la ética (el Nietzsche joven). Para la estética y no solamente para ella, toda prosa o poesía del mundo es insuficiente. La estética se inscribe ya en la dimensión de la muerte de la poesía y del arte, sin que reconozca esta inscripción. La prosa del mundo sigue siendo el principal libro que tenemos, profundamente insatisfechos, para leer y releer y para inscribir y volver a redactar. Tras el fin de la poesía, ¿no aparece una poeticidad difusa, destruida por su contrario? ¿Qué relaciones unirán la investigación ética con los despliegues a contrapelo de esta poeticidad? ¿Qué tipo de pensamiento puede expresarla, qué tipo de acción experimentarla fecundamente?

La respuesta a esta pregunta y a las demás que

surgen con ella ¿puede encontrarse por la vía de la *filosofía?* La ética enraizada, sin lugar a duda, en la filosofía ha dado la sensación de encontrarse ahí como en su propia casa. La filosofía la ha formulado condicionada por ella, ha planteado la acción y le ha prescrito reglas, dejando siempre en suspenso los problemas de las "relaciones" entre pensamiento y acción. Llevando consigo una vertiente teórica y otra práctica, la filosofía relegó la ética al dominio de la praxis, del hacer-ser, mientras quedaba sin afrontar el problema de los lazos originales del pensamiento y la acción, interpretados siempre unilateralmente, ya sea bajo la égida del logos teórico, ya sea bajo la de la praxis práctica o, todo lo más, sintética. Ninguna dialéctica llega a desatar este nudo o a reanudarlo. La filosofía, desde su aparición en Platón, lleva consigo una ética. Al desarrollarse a lo largo de su historia como *lógica,* filosofía primera o general *(ontología, metafísica), teología, cosmología, antropología,* culmina en la *ética* que, ya desde un principio la determinaba.

(La filosofía se articula aún en *poética* y *estética).* Como pensamiento metafísico del ser del mundo fijó este "Ser" bajo la forma de un ente supremo, un fundamento dispensador de la verdad y el sentido, dejando sin explorar la diferencia entre el Ser y el ente, el Mundo y las cosas y las realidades intramundanas. Instalada en esta diferen-

cia impensada, la filosofía dio nombre al ser en devenir de la totalidad fragmentaria y fragmentada del mundo multidimensional y abierto: *naturaleza, idea, espíritu, materia, Dios, subjetividad que piensa y actúa del hombre o de la humanidad socializada.* Comenzando de un modo explícito con Platón y completándose, a la vez histórica y sistemáticamente con Hegel, la filosofía, esencialmente idealista, aun en sus versiones materialistas, ha presentado al Mundo como subyugado a un principio absoluto y supremo, ha hecho comentarios sobre lo que ella misma ha dicho y ha bosquejado su crítica. Reduciendo el juego del mundo a un juego particular, por muy trascendente y global que sea, quedó corta en la apertura y preparó su sucesión por la actividad tecnocientífica que trata de reemplazarla. La pregunta queda, sin embargo, abierta: ¿puede el pensamiento especulativo bajo la forma de filosofía, artificialmente subdividida en filosofía teórica y práctica, volver del otro lado de su muerte, de su fin o de las tentativas de superación, *superación* y no eliminación? (Fuera de la metafísica-ontológica y deontológica, que trata del ser y del deber-ser y de sus inversiones, negaciones, sucesiones, no disponemos todavía de ninguna otra luz *aceptada* para iluminar la totalidad de lo que existe y de todo lo que existe. Lo cual no quiere decir que siempre haya de ser así). O bien el pensamiento metafilosófico, sin fijar ya

una regla inmanente o trascendente al juego del mundo y asumiendo la indiferencia en la que está inmersa la diferencia, ¿constituye la única vía, muy problemática, para el *pensamiento,* con tal que el mundo tenga aún necesidad de pensamiento, al menos, en su fase actual?

La filosofía está en la base del mundo moderno que camina hacia su complección, *comenzando* a completarse planetariamente como nihilismo aún incompleto que se aniquilará por sí solo; saber si la modernidad camina hacia el fin de su complección o solamente comienza a completarse es decisivo. El mundo moderno no tiene necesidad de filosofía; la verdad de la lógica, la bondad de la moralidad, la belleza de la estética se han agotado ya teóricamente, mientras que la acción tecnocientífica y la producción teórica tratan de realizarlas prácticamente de forma combinada. Lo que todavía se manifiesta como filosofía es la historia de la filosofía (pasada) y una combinación de logística, de sociología más o menos marxista y de sicoanálisis y sicoterapia más o menos freudianas. Lo que aún no ha sido definido es el destino del *pensamiento.* Se le ha confiado otra tarea: pensar el juego y los juegos, siendo este pensamiento en sí mismo una acción.

Todos desearíamos, ciertamente, un pensamiento teórico con implicaciones prácticas, iluminado por el rigor y la nitidez del concepto, desarrollán-

dose sistemática e históricamente a partir de unos principios, articulándose en una sistemática que englobaría a la vez el saber y la existencia. Un pensamiento como éste exploraría histórica y sistemáticamente la historia del pensamiento en la que están recopilados los pensamientos filosóficos tanto como los pre-y meta-filosóficos, elaboraría una lógica general y universal fecundando las lógicas particulares y diferenciales (lógica "ontológica", dialéctica y metadialéctica abarcando la teoría del conocimiento, la metodología y la epistemología), meditaría sobre la estructura de la antigua ontología, metafísica, filosofía primera y general, intentando un nuevo esclarecimiento del horizonte del mundo, ordenaría un esquema cosmológico aportando sus luces a los derroteros y las adquisiciones de las ciencias de la naturaleza, explicitaría una antropología abierta conectada con una serena teoría de la historia y articularía un pensamiento político, daría opción a una problemática ética, iluminando los pasos y los resultados de la sicología y la sociología, consideraría la poética y la estética en sus orígenes tanto como en su avance hacia la ultramodernidad planetaria. Sin embargo, ¿es actualmente posible levantar un edificio de tal envergadura forjado individual o colectivamente? Parece imposible en cuanto sistema terminado; es necesario en cuanto sistemática interrogante y fragmentaria.

En el seno de la prefilosofía y de la filosofía se albergaba la ética: con la filosofía teórica tratando del ser y la filosofía práctica del deber-ser, el ser y el deber-ser se condicionan mutuamente. La ética, hija de la metafísica, quedó anclada en la idea del soberano bien que hay que realizar efectivamente, ligada a la suprema verdad. Impensable e impracticable, habiendo brillado con su presencia implorada, inseparable de su ausencia deplorada, ¿qué ocurrirá con el soberano bien en una era que trata de sobrepasar sinuosamente el reino de la metafísica, que plantea al ser como presencia-ausencia en y a través de la representación, es decir, de la idealidad? Las éticas, sus eclipsamientos sobre todo, nos llaman la atención sobre la causa ausente. ¿Cómo pueden sobrevivir a la superación conjunta de la presencia y la ausencia y a la clausura de la representación? La mayor parte de los promotores de una moral o una ética, desde Platón hasta Kant, han fundado la concepción del deber-ser idealizante e ideal en aquello en que "efectivamente" consistía en el seno de una época y una sociedad, aunque fuera de una manera engañosa y disfrazada. Con Hegel se completa el sistema histórico de la filosofía y su disciplina ética *entra* en fase de convulsión. Después no hay ya éticas. Marx, Nietzsche y Freud las exploran genealógicamente y las orientan hacia una problemática superación futura y realizante a la que no fal-

tan los antiguos idealismo y moralismo. Con el fin de la filosofía y el inicio de su "realización" técnica y científica, se completa igualmente el edificio de la construcción de la ética; filosofía y ética fueron siempre idealista la una e ideal la otra. La sistemática ética con todas sus subdivisiones y articulaciones está ya ahí y yace como agotada: el conjunto de los preceptos y las justificaciones, de las prescripciones y refutaciones está ya formulado y tiende a llegar a ser "prácticamente" efectivo. Los mandamientos de la ética no solamente no fueron practicados consecuentemente, sino que resultaron impracticables: ¿Cómo superará el futuro, en su practicismo, esta impracticabilidad? ¿Siguiendo el camino principal, el de la aproximación y el compromiso? ¿En el claroscuro de la falsa conciencia y de la inconsciencia; de la mala fe y la mentira? ¿Querríamos poder dar o restituir un sentido a todas las definiciones o nociones principales de un tratado de moral —de escuela o especulativa—, si este sentido no se hubiera puesto a rebullir y conmoverse desde sus cimientos? Sería igualmente importante proponer contenidos a la acción moral, humana e históricamente decisivos, pero estos contenidos y sus correspondientes formalizaciones, incluidas sus transgresiones, aun estando presentes piden auxilio y buscan aliento. El pensamiento que retrocede y adelanta —sobrepasando la filosofía sin eliminarla— y la acción

que recula y avanza—, problematizando la ética, esperan ser pensados y puestos en práctica más allá de las fijaciones del ser y del deber-ser, en el juego, en busca de un tipo de pensamiento y de acción, repleto de recuerdos, que mantenga y supere las reglas haciéndolas fluidas y oriente el extravío que implica toda verdad. ¿Habrá algo semejante a una acción post-moral? Si el pensamiento metafilosófico debe ser elaborado entre todos —bajo los auspicios de los augures—, la acción post-moral no es menos la realización de cada uno, de cada miembro de la colectividad cimentada y vacilante.

Al tomar las *ciencias* y la *técnica* —la técnica es el motor de la ciencia— el relevo de la filosofía, formulan también una ética, estando, sin embargo, por ella condicionadas. Aparentemente, técnica y ciencia no necesitan de la ética: la explican sicológica, histórica, sociológicamente y pretenden hacer efectivos sus antiguos mandatos en el proceso de transformación del hombre y mundo. (Sobre todo la sicología y la sociología devoran con franco apetito la esfera ética. Se afirma, y con razón, por otra parte, que lo moral es un producto social. Sin ver, sin embargo, que lo social también es un producto de lo moral. Casi simétricamente lo moral es un resultado del siquismo que forma, informa y deforma.) Al hacer todo esto, ciencia y técnica obedecen, sin embargo, a una ética sin

dilucidar. Ni los objetivos ni los métodos ni los contenidos de la actividad tecnocientífica, exceptuando, quizá, la esfera matemática pura, son neutros: acarrean una orientación, "favoritismos" iniciales, intereses, ideologías. Además, en los casos en que esta actividad cree que no se orienta más que a la eficacia práctica, continúa estando movida por una curiosidad y una inquietud que la propulsan hacia la exploración y la explotación de todo lo que existe, tanto si lo hace de manera interesada o gratuita —si es posible mantener esta distinción— como si es productiva y transforma el presente o si prepara un remoto futuro. Los proyectos e investigaciones espaciales, por ejemplo, tienen menos justificación práctica inmediata, aunque no estén totalmente desprovistos de ella, que interés aparentemente gratuito, que tiende a llenar el "vacío", tanto cósmico como humano. Obedecen a la filosofía teórica y práctica de la modernidad; convertirse en dueño y soberano de todo lo que existe, transferir a lo alto los problemas insolubles aquí abajo, afrontar la nada. La ética de la voluntad de poder y de la voluntad de querer que rije al hombre moderno y a la técnica planetaria se manifiesta en todas las ramas del saber y de la ciencia, teórica y prácticamente, a la vez que ciencias y técnicas quieren tomar a su cargo a la ética, constituirla, reglamentarla. ¿En qué se convierte el *problema* ético dentro de esta configura-

ción? ¿De dónde parte el problema? ¿Subsisten aún el problema y el lugar de donde parte o están *ya* organizados y administrados tecnocientíficamente? A través de todos los análisis y todas las reglamentaciones de la sospecha ¿no sigue existiendo ésta y no sigue poniendo en tela de juicio todo lo que cancela su problemática? ¿Sospecha de qué? De Esto-mismo que aquende y allende los grandes poderes, que lo toman por su cuenta y quieren gobernarlo, no cesa de estar presente —aun cuando se intente ocultarlo— en y tras todos los juegos humanos.

Religión, moral, justicia y derecho han formado poderosos diques para los hombres-niños; han prescrito, prometido y castigado. Como los hombres siguen siendo niños —no llegan a su realización— estos poderes sobreviven a las tentativas, bastante débiles por otra parte, de superarlos. La autoridad y la austeridad supremas, el reino de la virtud, de los valores y de la tristeza pasan del plano divino interiorizado y proyectado, al plano del estado configurador y represivo; aun atravesando crisis, encuentran formas de perennizarse a través de sus mutaciones. Todo sucede como si el hombre no aceptase "lo que es": ni para reconocerlo ni para cambiarlo. Sus proyectos y ambiciones permanecen contradictorios y la dialéctica de la modernidad, por llamarlo así, no puede saber, una vez planteado así el problema, si camina ha-

cia una síntesis. Todas las sociedades modernas acusan el problema cada vez con más fuerza, manifiestan la contradicción entre los ideales proclamados y las realidades vigentes. ¿Es que lo único que queda es retirar la escala por la que la humanidad quiere ascender para ir y para ver más lejos? La limitación humana, la trivialidad —en progreso también— no son superadas por las proyecciones infantiles y los sueños seniles de un anarquismo utópico. Con seguridad, lo limitado va a ser sobrepasado, está ya sobrepasado. Pero lo lejano no es un nuevo paisaje turístico. Los grandes poderes han tratado de forjar un tipo humano. No hay, sin embargo, ningún tipo humano conseguido. Consolaos, desolaos. Todas las vidas humanas se trivializan cada vez más. Todas las pistas de alta montaña serán marcadas con balizas. La espera que nos acosa de una religión, de una nueva moral, de una nueva justicia, de un nuevo derecho, hace que cada uno busque el regazo de su madre: en nuestra madre Iglesia —hoy ecuménica y turística—, en la sociedad burguesa, putrefacta y planteando el problema del destino de los cadáveres (¿cómo desembarazarse de ellos?, ¿qué se puede hacer?, ¿dónde y cómo enterrarlos?), en la burocracia de los partidos comunistas, en el folklore de los pequeños grupos de izquierdas, en la búsqueda siquiátrica y sicoterapéutica del remedio. La "nueva" divinidad religiosa o estatal, incluso atea

y anárquica, está, sin embargo, ya ahí. Eurípides lo había entrevisto. Es el *deus ex machina.* Es la maquinaria, no de la máquina o de las máquinas, sino de la técnica, la actividad multiforme teórica y práctica, tecnocientífica, que empalma prólogo y epílogo, sostiene utopías e ideologías y da la sensación de dejar sitio a un interludio ético.

El hombre no se ha hecho moderno. Ha sido modernizado por la técnica planetaria proteiforme. En el transcurso del devenir planetario, que implica el retorno, a lo largo del deambular organizado y administrado, los grandes poderes se han constituido como grandes poderes al fragmentarse. ¿Por qué y cómo se ha llegado a esto? ¿Por qué han sido precisas todas estas mediaciones entre el hombre-y-el-mundo? El problema se plantea en toda su agudeza hoy día, en el momento en que comenzamos a entrever el final de los grandes poderes pretécnicos, final que queda por explorar porque lleva consigo muertes y renacimientos, liquidaciones y supervivencias. La historia (pasada) de los grandes poderes conocerá aún algunas interpretaciones, puesto que el pasado no carece de porvenir. El pasado rebulle. Del mismo modo, los grandes poderes "dejados atrás" por la actividad tecnocientífica bullirán aún. ¿Surgirán de todo ello otros nuevos? Hay novedades muy antiguas y un despliegue de juegos ya jugados. ¿Llegará a haber algún día un gran poder meta-técnico? Entre los

juegos técnicos y los juegos con la técnica se va borrando la línea de demarcación, lo cual no ayuda a los hombres a comprender con exactitud el dominio de la técnica como genitivo subjetivo más que objetivo. La actividad tecnocientífica no llega a hacer callar a toda problemática ética aunque quede relegada a segundo rango. A las costumbres abordadas según la pretensión científica o reglamentadas de acuerdo con la eficacia técnica, responde el oscuro presentimiento, que no consigue arreglar cuentas con el resentimiento, de los que, aun sin falta de razón, incluso teniéndola de su parte, han sido estafados y engañados.

2

Las fuerzas elementales no están desprovistas de ética. El *lenguaje* y el *pensamiento* hablan de ella —animados por ella—, el *trabajo* la implica, la *lucha* le vuelve la espalda y sufre su contragolpe, el *amor* y la *muerte* la obedecen y la transgrieden, los diversos *juegos* la conocen, aun allí donde no la reconocen.

Lenguaje y pensamiento proporcionan el vocabulario a una ética que los gobierna. Lo cual no significa que la ética sea lo que llega a ser para las épocas obsesionadas por discursos sobre los discursos: un discurso, una retórica. Sin embargo, pensamiento y lenguaje dejan también la ética sin pensar. Y aquello sobre lo que no se piensa puede manifestarse un día u otro, bajo un aspecto u otro. Pensar significa igualmente sopesar y juzgar, y ningún juicio ético quedará ya libre de sospecha.

Ligada al trabajo, la ética lo justifica y enmascara su carácter. El trabajo de cada uno está basado en el del otro, explotado o colaborador. Así encuentra su raíz y su despliegue. La explotación reside, entre otras cosas, en el hecho de que se escamotea al prójimo su ser, es decir, su tiempo. Etica del trabajo y propiedad privada han ido y van juntas. La propiedad es mucho más duradera y tenaz de lo que aparenta. Sus avatares respetan la apropiación, aunque sea nacional y estatal-pública. Pero también hay obreros que trabajan entre bastidores, apuntadores que hablan desde su concha. Mientras nadie puede ya saber si representa su "propio" papel o el de otro, la ética del trabajo, preocupada por el juego, se sigue haciendo esperar. Inseparable de la lucha y el poder, la ética sirve para glorificar y condenar, según el orden reinante o el que quiere gobernar. Ciertamente, la agresividad que estalla o se aletarga no dejará de hacernos jugadas. A nosotros, que deseamos esta victoria casi absoluta que se escurre sin cesar bajo nuestros pasos, cansados y conquistadores. Cuando creemos que resuenan en la plenitud, también resuenan en el vacío. Tomar partido por lo establecido, tomar partido por la oposición, tienta a unos y a otros, insensibles ante cualquier experimentación global. Del mismo modo, los que aceptan los valores de su sociedad y los que, invirtiéndolos, quieren proponer otros "nuevos", son sólo

agentes de cambio. La ética no es solamente pública; en lo más próximo a nosotros mismos, concierne también —lo cual no es asunto únicamente privado— a nuestros amores y a nuestras muertes y a nuestros cultos a los muertos, sean cuales sean. El amor y todas sus dimensiones, permanece tributario del subjetivismo y el narcisismo, del amor propio y la propiedad privada, de la posesión y la apropiación. Sin embargo, no parece lejano ya el momento de romper los diques y canalizar las corrientes pseudoliberadoras. La dificultad de la comprobación constante no puede sustituir al milagro más que poco a poco. A las pasiones precoces sucede el encuentro y la separación alternativas, con el mismo ser o con otros. Porque las interrupciones pueden ser fecundas como el paso del tiempo[1] ritmado puede ser precioso. En cualquier caso, la relación entre los encuentros y las saturaciones es extremadamente difícil de establecer. Una ética problemática de un amor jovial, festivo, pero no simplemente lúdico, no puede tener acceso a la claridad total. Quedará un gran espacio-tiempo de sombras y de momentos no desvelados ni siquiera a través de la camaradería, la complicidad o la connivencia. ¿La energía dispo-

[1] Nota del traductor: el autor emplea el término bergsoniano de *durée,* cuya riqueza conceptiva no tiene correspondencia con ningún término castellano.

nible —más que libidinosa— se vierte ya sea hacia lo "real" ya sea hacia lo "imaginario"? Esta misma distinción ha de fluidificarse hasta el máximo, una vez que hayamos reconocido con un poquito más de claridad lo que sirve para pagar el precio de acceso al deseo. En el proceso de circulación vital, ¿no es el sexo más indicio que causa? Porque no se trata de explicarlo todo por medio de la sexualidad, sino de ver que en todo hay sexualidad. La sexualidad se retira al entregarse. Hay que madrugar y trasnochar mucho para alcanzar la penumbra de las relaciones transparentes. En cuanto a la muerte, está pidiendo también un juego distinto. En la aceptación y en el valor de mantener lo que está muerto. Los muertos continúan errantes: en los ciclos de las transformaciones cósmicas y físicas, en el recuerdo, en el porvenir del pasado. Los hombres, sin embargo, se obstinan en alcanzar su muerte, aun temiéndola, como si fuera una nadería. O bien prefieren morir vivos para no tener ya miedo a la muerte. Por temor de la vida. Hoy en día se sueña con la abolición de la muerte, con la amortalidad, con la inmortalidad. En efecto, cierto tipo de muerte está abolida. No se muere, se desaparece. De este modo no hemos hecho más que sofocar el problema. En primer lugar, deberíamos aprender a hacernos viejos: esperar, pasar, saber que seremos sobrepasados. Envejecer constituye una maldición y

una bendición a la vez. Inmediatamente y al mismo tiempo, se trataría de reconocer que hay también una vida que nos mata, como hay una muerte que nos hace vivir. Si lo que impulsa es la vitalidad, ¿qué ocurre con la mortalidad?

Hablar, pensar, trabajar, luchar, amar, morir —entregarnos a todo esto sin fanatismo ciego, sin tibia ceguedad—, como quien juega. Así dice un mandamiento central de la ética problemática. Recomendando igualmente que no se olvide que todas estas fuerzas elementales han jugado también con nosotros.

La distinción entre los juegos que son auténticos y los que no lo son, en el seno de las reglas y las leyes ignoradas por los que juegan va aboliéndose. Al mismo tiempo, recorre ese mismo camino la distinción entre juego y realidad en otro tiempo, ahora todavía, tan fanáticamente distinguidos. Las virtudes se desmoronan. Los valores se desvalorizan. Los bienes se destruyen. En la ruta de un juego sembrada de persistentes tabús ya no hay tragedia. Ya no hay comedia. El aburrimiento empieza a reemplazarlos. Sin catástrofe inicial, sin salvación escatológica. Que lo sintamos o no poco importa: de ahora en adelante ya no se trata de Fiesta, sino de Juego. Las actividades, catastróficas-y-lúdicas, de consunción, de consumación, de destrucción, no solamente conciernen a la totalidad del excedente. La cosa no vale la

pena, se dice a veces. ¿Cuál es entonces el precio? La humanidad no se lo ha jugado todo todavía, como para poder jugarse el resto. El juego podría constituir la revolución —parcialmente invisible— del pensamiento y de las acciones del siglo xx. Este juego sería, a la vez, lo que aparece y lo que desaparece. Enseñar sus cartas; disimular su juego, ¿quién no hace lo uno y lo otro a la vez?

Aprisionado en la trama de las fuerzas elementales, el juego significa, *a este nivel,* juego humano. Toda discusión sobre las reglas arbitrarias o no, contingentes o no, que regulan nuestro comportamiento en nuestro mundo, toda discusión sobre el poder de las reglas superiores que nos ponen en juego, juguemos fuerte o sin arriesgar, confirman y conmueven este común acuerdo que nunca y en ningún lugar fue decidido. Para los Griegos la injusticia estaba en desviarse del orden de la *physis* que implica el logos. Para los Cristianos el pecado reside en desviarse de los mandamientos de Dios. Para los Modernos, el error está en desviarse de la realidad o la idea, humanas, que se tienen como dominantes. Para los Planetarios la falta está en desviarse de las reglas del juego. Porque de lo que se trata es de llegar a cumplir las reglas al jugar, las reglas dadas y las que uno se da. Cuidando, en lo posible, de tener en cuenta la repetición del juego y el juego de la repetición: que

no se haga tediosa, que el hecho de durar[2] no se haga demasiado pesado (porque se rehuye aquello que al mismo tiempo se busca). Aunque la mayor parte de los juegos se ponen en marcha o se paran demasiado pronto o demasiado tarde.

El juego está ya jugado: onto-teo-cosmo-histórico-antropológicamente. El tiempo es el niño-juguetón ávido y paciente a la vez. El juego ético entre otros, continúa debiendo ser jugado, pero despojándose, en lo posible, de esta espera neurasténica, sicasténica, depresiva, y/o hipomaníaca e histórica de un "mundo mejor".

* * *

Se deduce de aquí, aunque no es evidente, que un libro que trata de la ética problemática es, él mismo, muy problemático, sobre todo en una época en la que el libro, su redacción y sus interpretaciones, se convierten en lo que era: fragmentario y problemático.

[2] Nota del traductor: *durée* en el original.

I

PENSAMIENTO Y ACCION

1

Con el problema de la relación entre pensamiento y acción —entre teoría y práctica, si se quiere, aunque el pensamiento no sea ni teórico ni práctico— nos introducimos en un dédalo de preguntas del que parece no haber salida ni teórica ni práctica. La propia distinción entre *teoría* y *práctica* ¿es del dominio de la teoría o de la práctica? La distinción, que es una distinción teórica, ¿no proviene de una interpretación práctico-técnica del pensamiento? Nos adentramos cada vez más en el laberinto: pensamiento y acción no son una sola cosa ni dos. Ninguno es el otro y ninguno se manifiesta sin el otro. En el dominio de la ética, sobre todo, teoría y práctica se mezclan inseparablemente a la vez que surgen muchas contradicciones en el interior del pensamiento, en el de la acción y, aún más, en el de las relaciones entre ambos. Lo

que se trata de encontrar es un método de búsqueda teórica —de práctica teórica, a saber: de teoría con implicaciones (presupuestos y resultados) prácticas— y de acción práctica —totalmente embebida, lo reconozca o no, de teoría—, es decir, una llave maestra en el maremágnum de teoría y práctica ofrecido a la vista de las águilas, aves de altanería, y no a los vuelos doctrinarios, ofrecido a las picaduras de serpientes, a los reptiles y las dentelladas. Quedan por dilucidar las relaciones metadialécticas de la "teoría" y la "práctica" y de las águilas y las serpientes, mientras haya animales (y en tanto no surjan nuevos).

A partir de Sócrates el mundo se convierte en una cuestión de saber: una técnica del conocimiento, técnica de la acción. La conducta justa está subordinada al primado del conocimiento, a la actividad teórica, interpretada ya "técnicamente". Es decir, desde el origen de la filosofía, teoría y práctica han sido separadas considerando cada una a la otra como derivada. Estas relaciones teoría-praxis no han comenzado a conmoverse de una manera seria. No podemos ni negarlas ni pensarlas (incluso cuando creemos que lo hacemos es siempre con las armas del pensamiento) ni ponerlas en práctica (los que se imaginan que lo hacen se entregan, hagan lo que hagan, a una acción particular). Es en y por el lenguaje, y cada vez en *un* lenguaje, como hablamos del lenguaje y de lo de-

más. Pudiendo considerarlo como acción. Pudiendo tener la acción por un lenguaje. Pudiendo ver acción y lenguaje como unidos, separados, unidos de nuevo, concediendo la supremacía a uno, a otro o a su unión. Sin poder dilucidar el *problema* que los une. Comenzando, filosóficamente, como problema del saber, el "mundo" ha acabado por hacerse principalmente un conjunto de problemas prácticos que hay que resolver técnicamente, reformar y administrar efectivamente (eficazmente). La administración puede ser reaccionaria, liberal o pretenderse revolucionaria; en general es poco más o menos todo esto a la vez. La comprensión de una acción, una vez que se han agotado suficientemente las explicaciones causales y las interpretaciones teológicas, es siempre esquemática. Ciertamente, la marcha errante conoce esquemas dominantes. Así sucede con todo pensamiento y toda acción sobre nuestro astro errante: el derrotero principal de la acción ética es su dominio.

Todo el mundo espera de la ética directrices y todos los mundos e infra-mundos éticos no dejan de darlas. Son, sin embargo, directrices que claudican, todas ellas legitimadas por la moralidad de los inframundos, sin que la necesidad de principios de acción entre en otra fase. El paso de la ética individual, burguesa, capitalista, constriñendo al individuo humano, a la ética colectiva, comunitaria, social, societaria, socialista, comunis-

ta, constriñendo a la humanidad, no nos ofrece, por el momento, más que el molde que vienen a llenar las acciones y las omisiones así como las pasiones en el aislamiento de las masas humanas. Toda noción del deber se pone a girar sobre sus goznes como la puerta de una estancia cerrada hasta hace poco y ahora entreabierta, si no abierta de par en par. Todas las articulaciones de los sistemas, de los montajes, de los organismos y de las organizaciones, de los funcionamientos y los malfuncionamientos que provienen de la moral, la moralidad, la ética, incluso de la política ¿piden, una vez desarticuladas, una nueva articulación? La *producción* teórica y práctica ¿no es el postrer nombre del origen o la última palabra del fin de una onto y deontología final? Podría suceder que no sea tan siquiera la última trampa que se nos tiende. Si la moral ha naufragado —¿en qué?— no estamos todavía ni remotamente liberados de ella. Muerta viviente, amparándose a veces bajo el nombre más elegante de ética, nos tiende sus trampas, ellas mismas cogidas en la trampa; no hay palabra para indicar el comienzo de la acción, como no la hay para el final. Para hablar, pensar y actuar utilizamos formas de las que nosotros "mismos" somos prenda. Todos los presupuestos del conocer y de la acción están implicados en todas las constelaciones del ser, del conocer y del deber-ser con las cuales tenemos, siempre posteriormen-

te, que habérnoslas. Un pensamiento ilumina a otro. Una acción aclara a otra. Un pensamiento esclarece una acción. Una acción esclarece un pensamiento. La acción no engendra propiamente un tercer objeto, más bien hace surgir los contrarios en su unidad que implica antagonismo. El pensamiento entiende algo y su contrario reasume lo que expresa y esto no es un procedimiento. Los tratados sistemáticos, teóricos y prácticos han hecho su aparición en el seno de una y otra sistematización, dejando en suspenso el problema de la saturación. La aspiración a lo duradero, a lo que fundamenta, a lo fecundante, a lo productivo tiene su necesidad y su perversidad. Tenemos demasiadas fundaciones que crujen en su solidez. Una ética revolucionadora y que revoluciona sin cesar sus propias bases aun desprovistas de fundamento, ¿es teóricamente concebible, prácticamente aplicable? Todos los poderes, eclesiásticos y políticos —estatales y revolucionarios— universitarios y culturales, institucionales e ideológicos, rehuyen el pensamiento interrogante y problemático que distorsiona la acción, la cual sigue también por cauces establecidos, renovada cada cierto tiempo. Cierta intensidad es teórica y prácticamente inaceptable. Se requiere cierta uniformidad para la buena marcha de los seres y de las cosas. Habitada por una extraña profundidad. Está fuera de nuestras posibilidades y de nuestros medios ofrecer un nuevo

sujeto a la "razón práctica" cuando la misma razón teórica se confirma como un "delirio irrazonable" y organizado. Apostar constantemente por el "ideal" contra lo "real" no parece posible tampoco. Es lo que hacen, sin embargo, el idealismo y la ideología materialista. Corrientemente se sustituyen un aspecto y una presencia unilaterales —aspecto particular de la universalidad de lo existente, por un nuevo poder complementario y unilateral—. Las acciones estridentes y nerviosas que llenan el mundo no son menos elípticas que las palabras parloteantes y que a veces "dicen". Además, los diferentes códigos morales y éticos tienen sus propias retóricas en las que se habla de deber-ser del ser y que excluyen lo que no se debe decir. Los moralistas, por tanto, hacen el papel de camellos de la cultura: recorren y pueblan el desierto, enfrentándose con espejismos. ¿Qué sucede, sin embargo, en el umbral de la transgresión de la era de la cultura?

En cualquier caso, la conducta efectiva de los hombres está muy lejos de coincidir con sus juicios e ideales morales; aún más, no hacen lo que dicen que hacen y mucho menos lo que mandan hacer. Poco a poco esta discordancia estalla e ilumina por momentos la penumbra de las actuaciones humanas, ricas en consecuencias y oscurecimientos o escotomas, en mentiras y simulaciones. Toda acción está rodeada de omisiones y las im-

plica. La moral clásica se centraba en las intenciones. La ética futura residirá en la problematización y en las ejecuciones que nos ejecutan. Esta ética no será ni la de las máximas ni la de las sentencias. Estas nos sirven a medias en tiempo de paz, en tiempo de guerra son más útiles. La ética problemática del futuro será aforística, porque los aforismos delimitan los campos de la vida, los campos de la muerte. Y, muy problemáticamente, esta ética volverá a caer en la debilidad y la palabrería.

Se nos ha dado lo positivo. Lo negativo ha sido engendrado. ¿Cómo (re)-encontrar lo que nunca jamás ha existido y nunca existirá en su plenitud: el poder constructivo, globalizante e interrogante, integrante y problematizante? Abandonemos primero la disputa sobre los puntos de vista a los que se dedican a ello con ese tibio encarnizamiento en el que se enfrentan puntos de vista parciales y partidistas, ideológicos, políticos, estéticos y éticos, ruido de lucha de oposiciones diversas, provocado por el entrechocar de espadas de madera. Ciertamente se pueden reducir todas estas posiciones a sus entornos teóricos y prácticos sobre los que sus mentores apenas pueden ni quieren saber nada. El trono del conocimiento, de la conciencia y de la certeza de sí mismo —trono parlamentario— sobre el que el ser humano se ha instalado a duras penas, no está aún completamente carcomido. Las conductas innovadoras aparecerán como transgre-

siones frente a las reglas del juego de la adaptación. Ya los aspectos contradictorios de cada cosa se nos han hecho problemáticos; aun cuando no logre hacerse reconocer ese todo que llega demasiado pronto para esta fracción del espacio-tiempo. La claridad de las nociones, de los conceptos, de las categorías, de las definiciones, tan deseada, actuando en el interior de los grandes sistemas relativamente transparentes, está envuelta en una especie de opacidad que no nos atrevemos a llamar superior, porque no lo es. Todo esquema productivo lleva en sí mismo algo que le mina y de lo que no rinde cuentas. La tarea consiste, pues, en desmontarlo.

No carece de razón el que se exijan análisis y soluciones positivas; a no ser que la razón que nos inspira se mostrase expirante, *esta* razón, o incluso *la razón,* y no solamente la del racionalismo. La conciencia ética es y sigue siendo una de las manifestaciones de la propia conciencia y de la inconsciencia de todo el mundo. Al ser el rechazo del pensamiento una de las armas más eficaces de la humanidad "nueva" y al no ser la acción menos unilateral que el pensamiento, nos hemos quedado sin alternativa fundamental. A pesar de todo, ¿no se imponen las elecciones y las opciones? Parece que sí, aunque la moral llamada natural y la moral de inspiración social —burguesa o socialista— permanecen sin fundamento. Por

otra parte, ya no se trata de fundamento. La complementaridad de las contradicciones invisibles podría ayudarnos a ver, con ayuda de lo que proporciona las categorías y de lo que las combate, que cualquier solución carece de solución. Y esto no sólo porque ningún fin y conclusión escapan a lo provisorio. Ni el pensar ni el hacer conocen un tiempo unívoco; están acechados por los futuros que reunirán lo diverso en su unidad y en sus propias unidades, haciendo salir a la luz otras perspectivas. Toda interpretación parte de un punto y es necesario que nos entrenemos, con entusiasmo, a abrazarnos a ese punto de vista para inmediatamente abandonarlo. Lejos de las actitudes que suponen conocido el problema. Si el lenguaje es como el sustituto general del comportamiento total, aventajándolo y aventajado por él, si los hábitos vocales son progresivamente sustituidos por los hábitos del gesto y del cuerpo ante los objetos temidos o deseados, a partir de un momento dado nos situamos en el lenguaje y es él el que habla y hace hablar a todas las acciones, dejando sin resolver la pregunta del punto de partida, es decir, formulándola *él mismo.*

La improbable emersión no es debida solamente a la casualidad, a la absurda contingencia; puede requerir significaciones múltiples que no son claramente descifrables en sus entrecruzamientos. En lo que nos choca como deshilvanado yace una

cierta formalización. Es extremadamente difícil sopesar el valor de lo circunstancial. ¿Qué escala aplicarle? Y no es más fácil de descifrar el orden oculto bajo el orden-desorden aparente. Es preciso dar a la suerte su oportunidad. No es un programa todo esto, no es un acto de voluntad. ¿Qué es? Apenas una sospecha. Sin fondo. La acción que va al fondo de las cosas y que algunos desearían desencadenar, se estrella con la pregunta: ¿cuál es este "fondo" sin fondo? Cada uno de nosotros y todos nosotros querríamos ser *intellectus archetypus* que conoce, si no llega a realizar, el pasado-presente-futuro del juego. Pero no basta con quererlo. Y a lo largo del devenir errático del juego del mundo, lo que era explicación se convierte en lo que hay que explicar. Hasta los límites extremos del "saber absoluto" que no reposa ya sobre simples conocimientos. Comprenderlo todo, superarlo todo no puede más que significar también: desrealizar la realidad concediéndole todo su peso. Saber absoluto y problematización total pueden caminar juntos. La esfera ética, por ejemplo, plantea muchos más problemas que los que resuelve. En la ordenación y el entrecruzamiento de los conceptos de referencia a partir de los cuales se juzga la experiencia. Aun estos problemas insolubles se manifiestan, sin embargo, en un horizonte. Considerar, para empezar, los dos lados de un problema al mismo tiempo —nunca son los únicos— no es

más que un comienzo. El combate continúa. Generalmente la sabiduría a la que se trata de llegar se ocultará antes de haber resplandecido y sume a sus candidatos individuales o colectivos en un desconcierto del que apenas si cabe decir que podría ser prudentemente aceptado. La práctica considerada como efectiva y que tiende a la actualización de la más masiva posibilidad, no es compatible con las perspectivas pluridimensionales articuladas en círculo abierto, en espiral. Ahogando la angustia con la angustia en una actuación instituyente y/o instituida, sitúan la seriedad como exterior al juego.

La aspiración al sistema (o a la sistemática) enciclopédico y circular, sistema de círculos cuya circunferencia está formada por círculos, poderoso y justificado, que sitúa cada cosa y le asigna su lugar o su emplazamiento, aunque sea móvil, termina en la codificación de la totalidad articulada hegeliana; desde entonces, este sistema nos engloba, aunque esté atravesado de cabo a rabo por el estallido fragmentario y aforístico de otro tipo de orden, de la totalidad nihilizada nietzscheniana. Meditada de cerca y pacientemente y más que teóricamente, aun esta oposición se disloca en provecho de un mundo sistemáticamente —y prácticamente— fragmentario, del juego de una espiral que se enrolla y se desenrolla. Así, la problemática misma del saber absoluto, es cogida prisionera

en el errar del juego del mundo, del juego de nuestras conquistas especulativas y activas. Allí donde se remansa, incluído el movimiento, vienen a inscribirse las interpretaciones en términos de ritmos o las leyes que hacen hincapié sobre la evolución o la repetición. Ninguna interpretación está, sin embargo, por encima de todo —¿de qué?—, ninguna interpretación puede independizarse del todo. Son lentos el ritmo y las insinuaciones, que entorpecen la marcha regular y hacen, a uno y a otro, modificar sus posiciones y sus negaciones. El método de pensamientos que afronta el problema ético, problema indisolublemente teórico y práctico, ¿puede ser otra cosa que dialéctico y especulativo? En cualquier caso, el hacer no proviene desde hace mucho tiempo, solamente de la práctica, en un mundo en que las relaciones entre lo teórico y lo práctico y, la supremacía de *cada uno* respecto al otro siguen siendo enigmáticas. Y el pensar no se deja reducir, ni a la teoría (teorética) ni al conocimiento. El pensamiento metafilosófico tiende a manifestarse como pensamiento metadialéctico, especulativo, pero no especulador, captando la acción, porque sabe que todo trabajo, toda producción, incluida la praxis marxista, implican reflexión, proyecto pensante. No hay en ello, pues, ni primacía del pensamiento ni de la acción, sino de su juego, de su diálogo, común y diversificante. Unicamente esta orientación puede dar al pensa-

miento, la serenidad y la soberanía, a la acción, todo su poder terrestre y subterráneo. No hay duda de que a la necesidad de acciones y pensamientos determinantes y determinados, estén respondiendo pensamientos y acciones, sin un eco inmediatamente audible. Pero el largo proceso de las mediaciones necesita tiempo.

No es el momento de cantar odas a la acción y al pensamiento éticos. Las parodias acompañan a las odas. Y todo canto aún contínuo, es rapsódico. El análisis disocia las componentes complementarias del pensamiento, de la acción de su juego. Es incapaz de responder a la pregunta: ¿las relaciones entre el continuo y el discontinuo, son continuas o discontinuas? Ni tan siquiera puede proponerla. La categoría de la acción recíproca está bastante vacía, poco explícita: hace hablar demasiado a las "dos" acciones y a su resultado sin decir nada de su origen común, que no se desvela más que en la diferenciación. No sabemos dónde, cuándo, cómo, en qué ámbito brotarán los frutos de nuestros pensamientos y nuestras acciones y, sobre todo, los frutos de los pensamientos y de las acciones que nos gobiernan. Pensamiento y acción no se agotan ni en el recuerdo, ni en la actualidad, ni en la espera. Conjugados e independientes se recuerdan, se hacen presentes, anticipan. Resulta bastante fácil reconocer que la cultura no es ya el espacio-tiempo del pensamiento y de la acción;

es casi su peor enemigo, porque se parece a ellos como un hermano gemelo, y los identifica prematuramente. En el charco de las calles adoquinadas, el agua estancada o artificialmente agitada se vuelve a tranquilizar en seguida. La cultura no es tampoco el lugar ni el momento de la eclosión de la ley moral universal, si todavía puede hablarse de ella. La ley moral universal, su alto grado de exigencia y sus servidumbres ¿se mantendrían a pesar o a través de sus grietas? ¿Bajo qué "forma" y con qué contenido? En una era en la que, cada vez, más se produce, lo que no se quiere y lo que no se desea, aunque esta producción sea el resultado de una voluntad y de numerosos deseos, en una era en la que todo lo que resiste no se atreve ni a avanzar ni a volverse atrás, ¿qué puede "significar" todavía ley moral universal? Antiguamente, y hasta hace poco, existía la cruz que teníamos que llevar, la cruz y todas sus derivaciones. Nos ha tocado poner una cruz encima de la cruz. Profundamente problematizados. Preguntando; ¿todas las inscripciones están escritas? Todas estas corrupciones, ¿sacuden la corrupción? ¿El número de decorados sobrepasa la ornamentación?

Las evaluaciones y medidas, los valores y cálculos, todos los instrumentos —siempre nuevos y profundamente carcomidos— con los que la subjetividad humana, pensante y actuante, quiere dominar la presencia convertida en representatividad

en la objetividad como realidad, desvirtuan todo al cumplir su misión. Los pensamientos y acciones, que son los que valoran —¡malhadados valores!—, al expresarse y al obrar, en el acuerdo-desacuerdo, cambian las cosas en signos. Son estos signos los que nos abandonan a su vez. Ningún idealismo, ningún materialismo, ofrecen el menor auxilio. Porque, en un principio, no se tiene idea de lo que se desea. Y no hay tampoco un puro acto material que preceda a "lo demás". Al querer dominar el ser humano su propio ente y el de lo que no es él, cada hombre trata, y casi lo consigue, de subyugar con su mirada, con su juicio y con su acción al prójimo. Al prójimo que le paga con la misma moneda. No es por tanto tan paradójico que la enorme necesidad de cariño y ternura que que encierra el hombre desde su infancia hasta su muerte se mezcle de una manera casi imposible de diferenciar con manifestaciones de violencia, de crueldad y de salvajismo. El problema de la responsabilidad de nuestros actos, que lleva consigo motivaciones conscientes (y no solo reprimidas) y objetivaciones voluntarias, aspectos necesarios y también otros contingentes (en el embrollo de estas distinciones), requiere un examen a distintos niveles y levanta un edificio que se tambalea caprichosamente. Entre la concepción (teórica) de un acto y su ejecución (práctica) yace algo como la identidad de la identidad y la no-identidad. Las

costuras de lo que aparece como desconocido están llamadas, cuando lo que hacen es unir, a hacerse visibles. Los trozos reventados se juntan de nuevo antes de dispersarse. La voluntad misma no es querida, ni en el pensamiento ni en la acción. Nos moviliza a través de un juego de dependencias que no se manifiesta sólo en círculos cerrados. Este juego sostiene a los humanos que hacen todo lo que quieren, es decir, lo que pueden, para evitar los grandes problemas. El problema les asalta, sin embargo, cosa de la que no son conscientes ni completamente inconscientes. Los mismos proyectos que nos empujan nos impiden, a menudo sin saberlo, aceptar el no saber, aunque no seamos capaces de evitar la docta ignorancia. La estulticia de las argumentaciones y de las actuaciones humanas quiere explayarse también; y es necesario saber tomar con ironía y humor esta corriente que viene de todas partes. El pensamiento —despierto— es el centinela que no salvaguarda la acción, pero es capaz de iluminarla, ya que está implicado en ella. La ética de acción tiende a ser superada por lo que se llama aún la acción política. Pero, en relación con esta acción, también el pensamiento mantiene sus derechos y su sangre fría. Este pensamiento, no es un pensamiento de la verdad, entendida ésta como desvelamiento de lo que existe o como adecuación del pensamiento y las cosas. Es el guardián de la mar-

cha errante que engulle todas las realidades que fueron sus emblemas victoriosos.

Ha llegado el momento de plantear la gran cuestión: pensamiento y acción, logos y praxis, teoría y práctica ¿revelarían un monismo o mejor, una unidad con un doble aspecto, más que una influencia preponderante de lo uno sobre lo otro? La pregunta no excluye que la matriz común permanezca invisible a los ojos del pensamiento, a los ojos de la acción. Como una "causa" ausente pero eficiente. Pero, ¿ausente o indescubrible? No basta con cerrar los ojos para ver mejor. También hay un ojo abierto en las tinieblas que no ve nada.

Tanto lo sensible como lo real, el ideal y lo ideal han claudicado ya: lo que puede permanecer es la atención centrada en la experiencia y el pensamiento poético. Si uno se atreve a sacrificar y a sacrificarse.

2

La cuestión ética, y el problema de la ética proviene del ethos del hombre, revela su ethos. Ella misma plantea el problema, es problemática y problematizante. Aparece, todavía sin formular, aún antes de la constitución del pensamiento como tal. El problema ético concierne a los grandes poderes: mágicos, míticos (y mitológicos), religiosos (y teológicos); poéticos y artísticos; políticos; filosóficos (metafísicos), científicos, técnicos (y tecnológicos). Concierne igualmente a las fuerzas elementales: del habla y del pensamiento; industriosas y combativas (dominadoras); eróticas y mortuorias; lúdicas (pero no simplemente joviales). A través del problema de la ética se manifiesta una búsqueda del *ser* y la nada (más allá de los seres y las ausencias seres y las ausencias de seres), una interrogación sobre el *devenir* y el *tiempo,* una

investigación sobre la *totalidad* (presente en los fragmentos, más allá de los fragmentos), una apertura al *mundo* siempre multidimensional y abierto, un acuerdo discordante con el *juego*. El problema de la ética —y el problema ético— se inscribe en el problema del juego del ser en devenir de la totalidad fragmentaria y fragmentada del mundo multidimensional y abierto. El hace preguntas sobre su *marcha errante,* que es la nuestra. Esta interrogante emerge desde lo más remoto de la *prehistoria* en el umbral de la animalidad, conmueve a las tribus arcáicas y primitivas, salvajes y bárbaras, acompaña la entrada de la humanidad en la historia —humanidad siempre insatisfecha con lo que "es" y con lo que ella misma tiene, poniendo la vista siempre en un más allá que habita las cosas que son y lo que ella tiene, y que los sobrepasa—, mueve a los pueblos *orientales y asiáticos,* se mundializa en la historia *griega* y *romana, judía y cristiana, europea* y *moderna,* y conduce, por encima del fin de la historia, culminándola, hacia la era *planetaria* con su insondable monotonía global y planificada.

A lo largo de todo este convertirse-en-pensamiento del mundo —y del convertirse-en-mundo del pensamiento—, no ha cesado de manifestarse en el hombre o a través de él, el sentido y la llamada del enigma, del símbolo, del signo y de la significación, de lo lejano, de lo transgresor y lo

trascendente, de la exploración, de la interpretación, de la conquista, de la nostalgia, del culto del recuerdo, de la anticipación y del proyecto. ¿Cómo llama a este *sentido* que se manifiesta en la teoría y en la práctica y que nos llama? ¿Cómo nombrar a la orientación que va unida a lo sensible, a la significación que lo rebasa en la dirección del sentido? ¿Cómo caracterizar el sentido de esta orientación que, partiendo de los sentidos, los abandona y los impregna y forma como otro sentido? Este movimiento permanece operante aun allí donde la insignificancia o la falta de significación se manifiesta a las claras, como la sombra que acompaña a la luz, aun allí donde el sentido aparece como un acuerdo entre sin-sentidos. Todavía más: este sentido manifiesta su "secreto" por encima del aniquilamiento de todos los sentidos, en el final de la filosofía y de la historia. El problema es punzante: ¿qué es lo que ha puesto en movimiento la vida humana, desde los comienzos, la ha movido después, la mueve todavía y la moverá aún posthistóricamente? Además de la satisfacción de las necesidades, de los deseos *físicos y materiales* —penetrándolos—, ¿por qué y cómo se desvelan y surgen las *otras* necesidades, deseos y motores y cómo se puede llamarlos? Se les ha llamado de todas las formas que designan los grandes poderes que edifican las moradas de la marcha errante, se les ve actuar a través de todas las fuer-

zas mentales que articulan la vida de los hombres en el mundo. A estas necesidades, a estos deseos, a estos motores se les ha llamado indistintamente *ideales, espirituales, culturales,* se les ha hecho caminar con sed de conciencia, de libertad, etc., etcétera. Sin embargo, el problema no está resuelto, ni siquiera rigurosamente planteado. Formulado con precisión se puede enunciar así: ¿qué es *esto,* el juego que exige sobrepasar todos los juegos particulares, aun participando en ellos, juego llamado a interpretar, a crear, transformándolo, el juego del mundo? ¿Cuál es ese móvil de nuestro pensamiento y de nuestra acción que los moviliza a partir de lo que se ofrece a nuestro pensamiento y a nuestra acción, retirándose después? Este problema es absolutamente central, ab-solutamente, porque separa todos los juegos del Juego, con el cual, sin embargo, se comunican y que se irradia a través de ellos.

Las respuestas dadas a este *problema* aun cuando las preguntas no lo hayan planteado con suficiente rigor, son idealistas y materialistas; unas son más teóricas, queriendo dar cuenta de lo que existe y se hace, en nombre de la teoría, las otras pretenden ser más prácticas, tratando de expresar la práctica efectiva. Sin embargo, aun las *doctrinas* materialistas provienen del idealismo, son tributarias de la metafísica a la que tan sólo invierten y las doctrinas idealistas están obligadas a traducir

en ideas lo que se supone que es la realidad de lo real. Conceder privilegio a la práctica es cosa de la teoría, aunque sea práctica teórica, y no hay práctica inseparable de la orientación teórica que la guía y la impregna. Aún hoy día en que la práctica da muestras de tanta voracidad y todo lo devora de la forma más a-teórica, no deja de ser fiel a su origen que no es sólo de orden práctico. La teoría más o menos materialista que concede privilegios a la práctica ante todo, saca a la superficie las necesidades, los deseos y los motores físicos del juego del hombre: hambre, sed, sexualidad; necesidad de vestidos y vivienda. A partir de ellos se articulan las otras necesidades, deseos y motores. A partir del siglo XIX la interpretación marxista hace hincapié, por supuesto como último recurso y a través de múltiples mediaciones e interacciones, en el factor económico que estructura la historia humana, quedando *lo demás* bajo el dominio de la superestructura ideológica. La interpretación freudiana y sicoanalítica pone el acento —bien entendido que sin descuidar la dimensión neurosíquica, así como la imaginaria y simbólica— en el desarrollo de la sexualidad en el amplio sentido de la palabra. Las teorías idealistas habían encontrado su culminación histórica y sistemática en la filosofía dialéctica de Hegel, según la cual el espíritu, las ideas, el pensamiento, la conciencia son el motor de la historia humana. Con

la inversión de esta filosofía —por Marx, por Nietzsche—, la filosofía se encuentra definitivamente completada, habiendo alcanzado sus últimas posibilidades. El círculo está así cerrado.

El *ethos* del hombre, es decir, el conjunto de las reglas combinatorias que se tienen como determinantes de su juego queda sin respuesta en el plano de la pregunta absolutamente central. Pero no se plantean a la humanidad, como grandes problemas, más que aquellos que no puede resolver. Así, la humanidad se encuentra siempre torturada por la duda. Ni la bipartición dualista —mundo físico, mundo metafísico— y sus diversas formulaciones, ni la tripartición —dimensión corporal, dimensión física, dimensión intelectual y espiritual— aportan una primera y última luz que pueda aceptar las sombras. El horizonte, si es que lo hay, permanece de esta manera sin iluminar y ni los valores propuestos y declarados ni la inversión de los valores establecidos (por otra parte, la inversión de los valores establecidos forma parte ahora de los valores establecidos) no llega a dilucidar lo que no puede ser fácilmente nombrado. Consecuentemente, el problema del segundo o del tercer poder, que sobredetermina toda la problemática ética, sigue presente como una causa eficiente y ausente. Al perseguir su presa y a veces capturarla, los hombres permanecen víctimas de su presa. Y la unidad original del pensamiento y de la

acción y de todas sus dimensiones, es decir, el móvil del movimiento del ser del hombre, esconde su juego.

Ἦθος ἀνθρώπῳ δαίμων. ¿Cómo traducir lo que el viejo Heráclito decía tan sobriamente? ¿Cómo interpretar esta frase compuesta solamente de tres palabras: *ethos, antropos, daimon?* Cada una de ellas es comprensible. *Ethos* designa el ser del hombre, el lugar del tiempo, la parte del ser, el azar del juego. *Antropos* es el hombre, lo que se considera que el hombre es. *Daimon* es el Dios, la divinidad, el genio inmortal y mortal unido al destino de un hombre, de un lugar. ¿Entonces? "¿El ethos del hombre es (su) demonio?" "¿El ser del hombre es un ser divino?" "¿El demonio es el ethos del hombre?" El demonio que empuja al hombre hacia adelante a través del laberinto del retorno temporal del sí mismo diferenciado es siempre conjurado, pero jamás llamado. ¿Será porque es él el que llama? Desde Heráclito hasta Nietzsche, el juego de este demonio que, a lo largo de la marcha errante, orienta y desorienta. Las estancias y las horas del hombre viene buscando su "identidad". La identidad, sin embargo, ha de ser pensada como diferencia. El lugar y el tiempo de este juego, movimiento itinerante y reiterante, que atraviesa lugares y horas, no pueden ser fijados antropológicamente. Este juego domina al hombre más que obedecerle. Más que sujeto del juego,

el hombre está sujeto al juego. El hombre es perseguido en cada lugar, en cada momento y, ciertamente, no son ni su "conciencia" ni su "libertad" las que orientan su marcha errante. Pero ¿entonces? ¿Cuál es el logos, teórico y práctico que lo atraviesa y lo empuja a él, al hombre que se ha definido a sí mismo desde la antigüedad (griega) como *animal que tiene el logos?* Extraña posesión la del que más bien es un poseso. Ninguna dialéctica, sea dialéctica idealista o dialéctica materialista, es capaz de interpretar *el* logos del Juego, quizá porque el mismo logos —animando la teoría, actuando en la práctica— no es más que un rostro, aunque sea el *eidos* triunfante, de este Juego. Es, por consiguiente, completamente normal —dentro de las normas fijadas en el juego— que la ética, al querer consolidar al ethos, no llegue a dilucidar las reglas de su juego y del Juego. Ni en el pensamiento ni en la acción. Toda ética permanece así problemática, desde las más tradicionales a las que se pretenden revolucionarias. Aquí también el Sí-mismo guarda cuidadosamente sus secretos. Decir que los pensamientos y las obras del hombre lo superan y sojuzgan es indudablemente correcto, pero el problema sigue en pie: ¿qué es eso que está en juego —ni como persona ni como cosa— en los pensamientos y las obras del hombre que, al mismo tiempo, lo producen? El juego del mundo que se abate entre los hombres y al que

tratan de corresponder los principios y las reglas del juego ético humano (¿pero, es verdad el que tratan de hacerlo?), ¿no es "él", aunque tachado, el primer y último problema, fuente de todos los problemas?

En vano permutamos el orden de los factores, cada uno de nosotros, a su manera o, mejor, según lo que se le impone. La teoría y la práctica, en el pensamiento y la acción, orientando el decir y el hacer al juego del mundo se ocultan y esquivan. En el silencio y la ambigüedad de la palabra del mundo, en la locura de la actividad, en la charlatanería y el decaimiento, se nos escapa el secreto de la mediocridad, de la trivialidad, en una palabra, de la falta de relieve y de lo que la viola y no son las palabras y las conductas ultracomplicadas que están en boga las que pueden ofrecer aunque no fuera más que elementos de una respuesta interrogante. Se puede reducir todo a la práctica, o la praxis, de la que todo se derivaría; esto se hace cada vez más, muchos no se privan de hacerlo, está de moda. Se ha reducido todo a teoría; se ha hecho, pero ya no se lleva. En cuanto al juego de su fuente unitaria, manante y oculta, ¿quién sueña en beber de ella? El juego del tiempo no parece concedernos tiempo.

II

¿QUE HACER?

1

La pregunta *¿qué hacer?* se plantea y se impone. ¿Y la respuesta? ¿Qué hacer? Jugar al juego haciendo fluido todo lo que es y se hace. Nueva pregunta: ¿la respuesta es satisfactoria? Respuesta: no. Se trata, sin embargo, de edificación de un *estilo de vida,* de la constitución de un *juego mortal.* ¿Qué hacer? Lo que se hace. Lo que la ética teológica y cristiana, convertida en humanista y pagana, después en socialista y ultramoderna, nos manda hacer. No hay otra ética. ¿Qué hacer? Lo que los desviacionistas y los sublevados, los contestarios, los opositores y los transgresores nos sugieren. ¿Qué hacer? Lo que una comprensión un poco más completa y no con menos lagunas nos permite hacer a lo largo de nuestro juego errante. La pregunta surge y surgirá desde varios ángulos: ¿qué puedo —¿sobre todo?—, qué debo hacer?

¿Qué *podemos* y qué *debemos* hacer? No ante el juego, sino en el juego, en las tomas de contacto con juego. ¿Juego de qué? ¿De *Esto?* ¿Juego del mundo, juego del hombre? Estando estrictamente reglamentados, ¿lo querríamos libremente reglamentado? ¿Se trataría de reconocerlo? ¿De cambiarlo? ¿En los intrincados entrecruzamientos de las posibilidades y las necesidades? Nosotros, los errantes que "somos" nosotros, o ¿quién si no? Implicados en las relaciones extraordinariamente complejas de amos y esclavos, relaciones dominantes y dominadas, ¿cómo podríamos concordar con lo que se cierne, con una paradójica fijeza, en medio de nosotros, concordar con *Esto* o transformarlo y/o transformarnos? El imperativo categórico de la última moral en vigor, el imperativo categórico kantiano: "Actúa siempre según una norma tal que puedas desear a la vez que se haga universal" o, formulado de otra manera: "Actúa de tal manera que te sirvas siempre de la humanidad tanto en tu persona como en la del prójimo, igualmente como fin, nunca simplemente como medio", ¿no revela una exigencia universal —que debe hacerse efectiva— y una ficción, consciente o no, que ha de ser experimentada?

La respuesta a la pregunta *¿qué hacer?* no puede ya venir de un horizonte mágico, mítico o teológico, poético o artístico, político, filosófico, científico o técnico. La pregunta misma no puede ya

ser formulada en términos de lenguaje y pensamiento, de trabajo y lucha, de amor y de muerte o en términos de un juego únicamente humano. Es justamente *esto* lo que nos prescribe la búsqueda de otra problemática distinta. Todos los horizontes están en llamas o reducidos a cenizas porque están demasiado localizados. ¿No hay ya lugar o momento propicios? ¿Es la tierra en sus relaciones con las otras estrellas la que se convierte en el único lugar, volviendo a hacerse lo que era: un astro errante según una trayectoria calculable en el espacio-tiempo? La pregunta *¿qué hacer?* se encuentra en todo planteamiento. ¿Podemos articular una ética que no sea problemática? Es decir, ¿una ética que a la vez no lo sea? Si esto os parece posible, ¿por qué no formuláis una mejor? Contaréis con muchedumbres y con algunos paseantes que se pretenden solitarios seducidos por los imperativos categóricos, que siguen los caminos aparentemente más practicables y que soportan tantos y tantos desaires.

¿Qué hacer para que el ser del hombre se convierta a la finitud radical, finitud que es también la del ser del mundo para el ser humano? ¿Cómo convertir a esta finitud el deseo y la ley?

¿No se trata de llegar, después de un largo recorrido y de múltiples rodeos, a una especie de sabiduría, a una especie de saber absoluto, a una especie de "salvación"? La serenidad buscada, ¿no

nos liberaría del peso de la existencia inscribiéndonos en el *juego del mundo* que no existe? Dicho negativamente: no se trata ni de salvar al mundo ni de realizar la esencia del hombre. La solución es la no-solución. El acceso a un despertar que respete las sombras. ¿El método para llegar a ello? No se deja codificar. Conduce a un desligamiento, un desasimiento, una no-crispación, una no-posesividad. A la vez que se recorre, como *método,* la totalidad del camino. Este método no posee prototipos o ejemplos. Hay, sin embargo, y ha habido antes de ahora, la irradiación de quienes no se quiere ni se puede, no se podía ni se quería caer en la cuenta. Se trata de ver el anuncio del futuro en los restos del pasado, asiático y oriental entre otros. La doble interpretación que se impone es hoy día necesaria, tanto a la individualidad azarosa como a la comunidad aparentemente triunfante. Para llegar a cualquier estado semejante y no-semejante a la beatitud, a la satisfacción, al contentamiento, es indispensable volver a introducir la muerte en la vida, la vida en la muerte. No se trata ya de un ideal, sino de una concordancia con el ritmo del mundo. Llevando consigo líneas directrices, pero no directivas. Asomándonos a las tumbas de las cosas difuntas y a las cunas de lo porvenir. Superando su profunda complacencia, hombre y humanidad han de superar igualmente un aspecto de las necesidades, de los caprichos y de

los deseos. Sin olvidarse de salvar el sueño. Dar la propia vida es más difícil que dar la propia muerte y va en ello el juego de-la-vida-y-la-muerte. Se trata, por consiguiente también, de construir lo que se destruye. Al plantear la pregunta: ¿es cada uno responsable de lo que se ha hecho, de lo que se hace de él, aun cuando no pueda hacer mucho más que asumir esta responsabilidad? Sin olvidar que para contrarrestar una fuerza es preciso hacerse exactamente su contraria, y no solamente algo distinto de ella; es decir, uno se transforma también en ella. El todo no es asunto de consciencia. Si todos los hombres fueran lo más conscientes posible la vida se haría aún más imposible. La lucidez tiene, sin embargo, un gran papel que desempeñar. Reconociendo que los pensamientos que iluminan la acción no parten de nosotros; pasan a través nuestro. "Evidentemente", para completar este programa no programático, una vez iniciados, hay que dar muestras constantemente de distancia: *distancia* en y a través de la *proximidad.*

Con mucha probabilidad el pensador experimenta y experimentará la dificultad —el reparo, los escrúpulos— de decir todo lo que sabe concerniente al hacer de los niños pequeños y grandes; dudará para no traumatizarlos en sus sueños paradisíacos y llenos de pesadillas. El pensamiento no puede, en cualquier caso, más que seguir su camino y hacer lo que se le impone. Tratando siempre

de vencer la tristeza, dominado por la fatiga, el pensamiento de la acción no se situará "sistemáticamente" a contrapelo de la moral vigente, no preconizará "abstractamente" la subversión de todos los valores porque sabe hasta qué punto todo esto permanece dependiente de lo que se pretende negar y constituye una actitud vulgar y pobre. Dando cuenta del hombre medio y conmoviéndolo de pies a cabeza, un pensamiento de tipo ético de la actividad humana podrá quizá conseguir ver un poco más claro en las estructuras de integración del hombre a la sociedad y de los hombres al mundo. Este mismo pensamiento reconocería que los pensadores tienen múltiples sucesiones.

¿Se orienta la acción ética a una afirmación del ser en la carencia de ser? Pero lo que se pensó desde el principio, *el ser es pensamiento,* se ha convertido en la meta, en ser del hombre. La subjetividad del hombre queda, pues, como la anteúltima palabra y debe tener presente la nueva novedad; no hay novedad radical. ¿Ha recorrido el pensamiento humano todos estos circuitos? ¿Ha pasado del primero, del segundo y del tercer estadio al *enésimo* estadio? ¿Y cómo volverá a codificarse? Estas preguntas se plantean al hombre, pero no al hombre nuevo que permanece invisible.

La pregunta vuelve, punzante: ¿qué hacer? ¿Qué hacer para reunir en un mismo impulso la corporeidad y las pulsiones del hombre, siquismo

y afectividad, intelecto y pensamiento, pensamiento y acción? ¿Qué se puede hacer para reunir las actividades del individuo, que camina —"mal" que "bien"— hacia su asunción y las de la comunidad? ¿Qué hacer en un mundo que es a la vez mundo de la profusión y de la singularidad? Asumir y sobrepasar la singularidad camino de la universalidad es, ciertamente, necesario. La ética no se refiere, sin embargo, totalmente a una higiene de las privaciones y a una poesía de las prescripciones. En la transición de lo privado a lo público, la ética llevará consigo también algunos acentos que la convertirán en compensación a un sentimiento de inferioridad. Pero, ¿no son inversas y simétricas todas las polaridades? Para alcanzar una vida humana un poco más sosegada y recogida —si es que se puede o es preciso alcanzarla —para llegar a controlar, aunque sea un poco, las reglas que nos dirigen, ¿no sería necesario situarse más allá del bien y del mal? ¿Existen el bien y el mal como tales? ¿Son separables? Y ¿se puede transgredir a los dos a la vez? Y ¿puede hacerse, no en una dimensión ética, sino en la acción y en la comprensión de la acción? Aunque existe también el hecho de que quebrantar las reglas se vuelve contra uno mismo. El problema está planteado: desde Heráclito que afirma que "Bien y mal son una misma cosa" hasta Nietzsche, que preconiza un *Más allá del bien y del mal.* Pero este problema plan-

teado no ha sido todavía resuelto. La unidad del "bien" y del "mal", la marcha hacia el más allá del bien y del mal hacen referencia a un caminar errante "en" la unicidad del tiempo, como tiempo entero, más allá del bien y del mal, haciendo que los momentos particulares del tiempo sucumban al "bien" y al "mal". Este tiempo íntegro y altivo *es* el de la inocencia del devenir. La pregunta de este juego ni se puede liquidar ni se puede soportar. Sin embargo, está ahí y lo estará cada vez más. Cada vez que la apertura y la amplitud de una pregunta conmueven, nos volvemos hacia pensamientos bastante activos y sobre todo hacia los pensamientos concluyentes y confirmativos que se imponen. Guías de la acción, como se suele decir. Dirigiendo los sobresaltos del pensamiento tanto como de la acción. Decir que no se trata del bien (y de lo bueno) y/o del mal (y de lo malo), sino de la inscripción más o menos productiva en el ritmo (establecido y problemático) de todo lo existente y por consiguiente también de la vida, es un primer paso. Quedan otros por dar. A poder ser en estado de vigilia, ya que la luz obsesiona tanto y desde hace tanto tiempo a los humanos. Aunque la transparencia se oculta siempre. Mientras nosotros, por nuestra parte, huimos de ella.

En un plano mucho más accesible y, por ello, humano, podríamos decir que a la pregunta *¿qué hacer?* corresponde la atención prestada a una sa-

lud sicosomática, a una apertura pensante y poética, a una productividad social y transhistórica. Ser capaz de una vida poética activa y meditativa, poder amar y trabajar, soportar y canalizar la agresividad y la violencia inevitables, he aquí un bello programa parcialmente realizable. En el alternar de la angustia y la serenidad, en la sincronía de los conflictos y la armonía. Ya no se puede plantear ningún sueño de volver a una vida simple y sin problemas. Más allá del sentido y de lo insensato, nos es necesario considerarlo todo como una producción en la que los "mecanismos" sicoquímicos y bio-históricos, la transmisión de la herencia natural e histórica, las leyes de la selección evolutiva, los poderes que forman la sociedad y el juego de las mutaciones se cumplen según una complejidad creciente. Lejos de la perfección absoluta, tan entrañable para nosotros. Las relaciones de poder continuarán actuando. ¿Podría la humanidad encontrarse más a gusto sin fe en una alteridad beatificante? Estando todos los reglamentos de la marcha errante desajustados o considerados y criticados como tales, ¿no estamos buscando un estilo de juego?

2

La pregunta *¿qué hacer?* en la época hipertecnificada que se avecina es urgente y futil a la vez. En todas las carencias afectivas y morales, en la constante inconstancia de todo lo que sucede, no se puede adoptar ni el punto de vista del muerto sobre la vida ni el punto de vista del vivo sobre la muerte. Flaquean, todas igualmente, las fuerzas de persuasión y las de disuasión. El abismo entre lo que se dice y lee y lo que se hace y vive se va haciendo más profundo, monótonamente. Ni tan siquiera está en juego esto o aquello, sino la estructura combinatoria del conjunto. ¿No se va haciendo igualmente más profundo el abismo entre lo que deseamos y lo que efectuamos? ¿Y no resulta toda ética impracticable e imposible de jugar? El juego del azar y de la necesidad, de las circunstancias y de la necesidad no se deja calcu-

lar íntegramente. Al querer ir hacia adelante reconstruimos las situaciones anteriores, rehacemos las mismas cosas. Con seres diferentes. Regla, institución y ley se oponen al deseo, al capricho y a la pasión, pero ni siquiera el deseo, el capricho y la pasión saben lo que quieren y de qué son signos. Lo que revela el destino y lo que es accidental se mezclan y se combinan mientras que lo que quiere dejar su huella se pierde en el entrecruzamiento de las pisadas. Estrictamente hablando, no sabemos tampoco si nuestra acción apunta al juego mismo o a lo que en él se está jugando y quedamos en la ignorancia del secreto de las integraciones. Al no poder hablar ni callar, ni hacer ni omitir, destruimos y destruimos también lo que hay que destruir. Son *sobre todo* las construcciones las que constituyen un problema. La desesperación, la locura, el suicidio a menudo se presentan ante nosotros. Pero si fuera verdad, lo que no está comprobado, que presentan soluciones de continuidad, no ofrecen ninguna solución. Lanzados, pues, a combates, que permanecen dudosos damos la sensación de buscar pacificación y apaciguamiento en el creciente tumulto.

¿En qué se convierte lo que no cuenta en la era de la contabilización universal? Lo que hacemos de lo que se hace de nosotros desemboca en un claro lleno de maleza en el que toda acción tiene consecuencias totalmente insospechadas para los

agentes. Todo sucede por un cúmulo de razones diversamente analizables e interpretables. Ninguna acción, ninguna razón es unívoca, detentadora de un sentido verdadero o fundamental. Todo se sitúa en diversos planos a la vez, exige una interpretación a varios niveles. Este entrecruzamiento de los factores hace inciertas las causalidades. La misma razón del racionalismo no es más que un delirio administrado y organizado, como la acción racional del activismo. Sin embargo, la vida, entre otras la humana, no tienen otra razón de ser que el juego de la vida, sin fundamento, sin origen desvelable, sin fin, meta y término escatológico. ¿Es posible vivir la vida, para nosotros los humanos, desembarazada de toda esperanza desmesurada, de toda exigencia absoluta, de toda fe salvadora, de todo temor exagerado? ¿Dónde encontrar, sin embargo, la medida, el *metron,* el "justo medio", el centro de equilibrio una vez abandonada la tentación de la mediocridad y la medianía?

Todo es cribado, ha sido cribado, será cribado. El individuo está tan solo que ni siquiera tiene a su soledad por compañera. La comunidad reconfortante se hace esperar. Ni tradiciones, ni modelos, ni esperanzas ofrecen un punto de apoyo. Hay, sin embargo, algunos ejemplos reconfortantes. Aunque los centros de gravedad sean desplazables. Todos los movimientos, todos los estilos de vida se agotan pronto. Algo no nos gusta ya.

Se le opone entonces la opinión contraria. Esta opinión contraria y cierta contiene, en cualquier caso, con seguridad el error. También ella. Nos es preciso, pues, vivir, ya que no con gusto, al menos sin disgusto. Acogiendo la marcha errante que supera todo error y toda verdad. Para actuar correctamente, se podría pensar bastará con no ver lo que existe bajo un ángulo incorrecto. Pero ¿qué es *lo que existe?* ¿Cómo se puede separar su juego del juego de nuestro pensamiento y nuestra acción? ¿No son ellos los que lo hacen ser como tal, a saber: como problema a conocer, como dominio a transformar? Para pensar-y-para-actuar, porque no hay acción, producción, desprovista de reflexión, de proyecto, hay que reunir en un todo corporeidad y sensibilidad, siquismo y afectividad, pensamiento y consciencia, y este todo único y tridimensional implica, no obstante, fisuras (su misma tridimensionalidad por su parte plantea ya un problema). Es igualmente necesario no olvidar que toda palabra, todo pensamiento, toda acción "abstraen" una parte del conjunto de lo existente, aunque sea una parte unitotal, homogénea con el Todo, a la vez que ciertas palabras, ciertos pensamientos, ciertas acciones desvelan el mismo Todo más explícitamente que todas las demás.

¿Es que el pensamiento de Marx y el marxismo —teóricos y prácticos—, es que la investigación de Freud y el sicoanálisis —teóricos y prácticos—

pueden aportar una contribución importante al problema ético y a su pregunta central: "¿qué hacer?". El marxismo, las interrogantes que plantea y la interrogante que hay que aplicarle, plantea hoy en día más problemas que los que resuelve. Exige que, del mismo modo que él lo ha hecho con los demás, se le ponga en entredicho: económica, política, histórica, antropológica, filosófica e ideológicamente. Pero la superación productiva del marxismo lleva y llevará su tiempo. La cuestión de la transformación de la sociedad, y del hombre por tanto, también seguirá siendo una cuestión totalmente abierta. No está dicho —como lo preconiza el marxismo— que el conflicto sea soluble. Para hacer hablar a la experiencia humana e histórica —pasado, presente y futuro— el marxismo construye modelos. Estos modelos, sin embargo, han de sufrir la prueba del pensamiento "y" la de la realidad. Y es en esta única-y-doble prueba donde se muestran débiles. Lo que queda son las exigencias: la superación de la explotación y de la opresión, la exigencia de transparencia. Pero, ¿en qué se convierte la permanencia de estas exigencias y qué queda de estas exigencias? El sicoanálisis nos enseña que lo normal y lo patológico no pueden ser separados artificialmente y que durante toda su vida el hombre está constantemente amenazado por la tendencia a la regresión infantil. Este mismo hombre vive siempre en dos planos:

el de lo vivido, en tanto que efectivo y el de lo vivido en tanto que imaginario, fantástico y simbólico, fusionándose ambos planos. La vida biosicológica y la vida mitológica están más que en comunicación. Queda para el sicoanálisis todo lo que éste ilumina, lo que no se conoce, porque el hombre no conoce su deseo, el reconocimiento de la honda negatividad (del aniquilamiento) y de la inadaptación radical, porque cualquier realización del deseo es inferior a la anticipación imaginaria. El sicoanálisis nos enseña que no sabemos renunciar a nada; no sabemos más que cambiar una "cosa" por otra. No hay que decir que la ética problemática debe integrar en sí misma los logros del marxismo y del sicoanálisis, problematizarlos —con la ambivalencia y dialéctica necesarias—, afrontando siempre el problema: ¿cómo escapar, si hay que hacerlo, a la medianía y a la mediocridad, aun relativamente brillantes? Extraviándose en los dédalos de la teoría y de la práctica, marxismo y sicoanálisis ofrecen una enseñanza y ofrecen igualmente el flanco a la crítica. El marxismo nos enseña a ejercer un análisis sin piedad ante las relaciones de fuerza que se desarrollan efectivamente y nos llena de sospechas ante todas las construcciones justificadoras, idealizantes e ideiológicas, incluso las suyas. El sicoanálisis nos hace ver cómo la situación efectiva está ampliamente desbordada y eclipsada por la proyección de fan-

tasmas más o menos inconscientes. Los complejos inconscientes de frustración y/o de inferioridad constituyen un profundo núcleo de angustia supercompensada por la disposición caracterial de un yo que quiere ser agresivo y todopoderoso. Así los neuróticos, es decir, casi todo el mundo, sufren un conflicto inconsciente entre una pulsión instintiva y afectiva prohibida y el conjunto de su personalidad. Bastante acertados en el análisis teórico de lo que es y de lo que se hace, marxismo y sicoanálisis se muestran mucho menos a la altura ante lo que, práctica y técnicamente hay que hacer. ¿Nos dan las armas para sacudir el yugo de la mediocridad y de su propia mediocridad? ¿Pueden contribuir a abrirnos a una vida *efectivamente* más poética?

El rodeo por la teoría y la práctica de Marx y del marxismo, de Freud y del sicoanálisis se sitúa en el itinerario mismo de la búsqueda ética. La ética está inmersa en un conjunto de fuerzas y de formas económicas, sociales, políticas, jurídicas, morales, ideológicas, artísticas, religiosas, filosóficas, científicas, técnicas. El movimiento, en doble sentido, de este conjunto de fuerzas y de formas conoce tanto estructuras como sucesos. La ética está igualmente presente en la encrucijada de la herencia genética y la constitución sicosomática, de la herencia cultural informante y los sucesos y azares vividos.

Crucificada por el marxismo y el sicoanálisis, la ética conoce una resurrección y reaparece casi idéntica a sí misma, casi dispuesta a enterrar a su vez a sus enterradores. La ética fue, durante su reinado platónico-hegeliano, idealista: *pensaba* de forma idealista, a la vez la pregunta y las respuestas a la pregunta *¿qué hacer?* El idealismo engendró su contrario, su inversión, su retorno: la forma de pensar materialista. Porque todo movimiento *en contra* permanece unido a lo que combate, es una de sus manifestaciones. El contra-idealismo de Marx, Nietzsche, Freud ¿no opera más que una inversión, una vuelta del idealismo sobre la misma base de éste, prolongándolo? ¿O bien, consigue el contraidealismo una superación? ¿Qué pensamiento es capaz de lograr una superación del idealismo? ¿Sobre qué base (base y no fundamento)? ¿En qué horizonte? El contra-idealismo consigue quizá a la vez una vuelta sobre la misma base, y cambiar la base, esbozar una superación. Es, a la vez, restauración del idealismo en otra forma, nunca libre del desdoblamiento del "ideal", y anuncio de lo que sobrepasa el idealismo identificado con dualismo, filosofía, metafísica. He aquí lo que una ética problemática debería meditar y practicar activamente. Es decir, pensar y *vivir*, en todo su sentido. Vivir y pensar ¿son, hacen el *Sí-mismo?* Ver. Concordar pensamiento y vida, ambos acordes con el Mundo, no es algo al alcan-

ce de todos. En general, los acuerdos son rotos. Heidegger, que pensó con cierta grandiosidad y vivió con cierta pequeñez, cita estas palabras de Nietzsche: "Un filósofo: es un hombre que vive, ve, oye, sospecha, espera, sueña constantemente con cosas extraordinarias." En la vida los sueños están dados; pero cada uno puede jugar una partida diferente con un juego dado. Productos y productores, estos juegos conciernen a la vida del pensamiento, al pensamiento de la vida. El común de los mortales y buen número de hombres llamados superiores viven en el divorcio entre vida y pensamiento. Como si la opacidad de la vida guardase siempre todos sus derechos; como si la oscura claridad del pensamiento fuese insostenible e impracticable. Tanto como los demás, más todavía quizá, los grandes revolucionarios tienen cierta predilección por la vida filistea —por la vida del hombre de espíritu vulgar y cortos alcances.

La pregunta *¿qué hacer?*, ¿gira alrededor de *quién* somos y *qué* somos? Vuelve insidiosamente y se vuelve también contra los que plantean la pregunta y contra los que la quieren esquivar. También puede superar toda ética, que es necesariamente gubernamental y/o oposicional, y alzarse hasta la problemática. Porque se trata de lo que *nosotros* podríamos decir y hacer y que, habitualmente ni *se* dice ni *se* hace. Está presente, a través de esta interrogación, el juego del hombre que

absorbe todas las respuestas siendo el mismo hombre absorbido por el juego del mundo, que absorbe hasta las preguntas. El hombre lleva consigo la pregunta. En ciertos momentos, frente a alguien, frente a algo, la pregunta no se formula. Una desgana que no es ni una pregunta ni una respuesta, ni un sí ni un no, hace callar al problema, deja atrás las preguntas. Es *como si* la respuesta hubiese sido concedida.

III

EL JUEGO DEL HOMBRE

1

El centro de la problemática ética, el juego del hombre está superado y englobado por el centro de toda la problemática (humana): el juego del mundo. La distinción —que separa aun cuando sea unificante— entre el juego del mundo y los juegos de los hombres en el mundo, mantiene en cierto modo el dominio de la metafísica moribunda y en vías de superación. En toda teoría ética se ha tratado de prescribir a la práctica del hombre reglas que se inscribieran en las del mundo. Ni el mundo ni la teoría y la práctica humanas eran consideradas como una marcha errante reglamentada, como un juego. Esta aventura ética que gobierna el juego del hombre —gobernado por él— se une con el juego del mundo, forjándolo —forjado por él—, juego del mundo que volverá un día, *como tal,* al estado cósmico impensado de esa famosa

materia-energía en evolución progresiva y regresiva. La historia del individuo recorre de nuevo —más o menos activa o pasivamente, consciente o inconscientemente— la historia del mundo. La una es inseparable de la otra, del mismo modo que el individuo no puede ser separado de la sociedad. Hombre-y-mundo quedan en la ética, en toda su problemática o problematización, teniendo que habérselas con lo eludido. Es decir, con el juego. Por otra parte, nadie ni nada coincide consigo mismo: ni con el otro —o en *su* otro—, ni hay ninguna presencia que esté totalmente presente a sí misma. Sobrepasando la presión de la presencia y la añoranza de la ausencia, lo que viene a ser lo mismo, transgrediendo el poder de la representación, podríamos abrir quizá el juego del hombre a otro juego coetáneo. ¿Es esto imposible? Al menos es en torno a lo imposible como giran todas las posibilidades, sin olvidar que también en las imposibilidades encontramos cierta satisfacción. Y al *Esto* del mundo responde, extrañamente, lo que en lo profundo del hombre le pone en movimiento y le hace aspirar al reposo. Eso mismo a lo que se orienta el juego del hombre, juego humano convertido en antropológico y sicológico, juego con historia convertido en histórico, juego ético y político convertido en moral, social y sociológico, todo eso, permanece gobernado por el juego de *Esto,* juego del mundo, instaurando y desmantelando cada uno

de los "dos" juegos al otro, en el seno del Mismo diversificando. En el seno del Mismo diferenciado no se trata ya de salvar la superficie, no se trata ya de salvar las profundidades. Porque no es solamente la ausencia lo que hace posible la presencia ni a la inversa. La tarea consiste en superar el juego conjunto y dominante de la presencia-ausencia; el mundo contiene muchísimas posibilidades, ilimitadas pero finitas y, generalmente, inmovilizadas. Todas las superficies están turbadas y las profundidades no tienen fondo. El juego del mundo que gobierna el juego del hombre —no existiendo el primero *como tal* sin el segundo— nos plantea una pregunta: ¿cómo se inserta éste en aquél, aunque sea en la previsión de la superación del humanismo? Hay, ciertamente, lo que está ahí sin conocer la insistencia de la existencia. No sabemos, sin embargo, cómo hay que interpretar lo que entrevemos: que el mundo puede prescindir del hombre. Lo que está ahí, aunque no exista, podría —¿hay que decir: debería?— imponerse a nuestra atención. No como fundamento invisible de lo visible. Después de haber utilizado a fondo la estrategia del despliegue del fundamento —verdadero—, nos toca ahora utilizar la estrategia del despliegue de la marcha errante, del despliegue del juego.

Obsesionados por la búsqueda de *la* significación fundamental, que se oculta a todas nuestras

acciones teóricas y/o prácticas, designificativas e insignificantes, seguimos el curso de una tradición —de *la* tradición— que lleva consigo su propia contestación y el resto de la contestación. La vida que brota se inscribe en la vida que se debilita y viceversa, como se dice vulgarmente. Ningún sentido puede imponerse ya a nosotros, a los que estamos buscando el más allá del sentido y del sinsentido. Es sobre el terreno de todos los sentidos agotados donde se eleva la constelación del juego. Primeramente tenemos que efectuar la conquista de la Nada. De esta Nada que es Todo, del Todo que es Nada. La Nada podría convertirse en la consolación de la desolación que nos ha tocado en suerte. La Nada es ausencia del estado de cosas que existe y se hace y ausencia de la disputa acalorada. Los primeros pasos en la conquista de la Nada no son, sin embargo, más que un pequeñísimo comienzo. Cuando lleguemos a soportar una especie de lucidez "total" y "final", tendremos que ir más allá de todo —*plus ultra*—, en la dirección del Todo fragmentado del juego del mundo. Con muchos secretos por descubrir. Porque lo que aparece es el secreto, pero no es más que lo que (de celo) aparece. El tiempo de las apariciones y desapariciones, de las vueltas y los retornos, está siempre *como* iluminado por un después que esclarece el antes esclarecedor. El antes prepara el después, el después que lo desvela. En esta reiteración itinerante —finali-

dad sin fin (significación)—, estamos constantemente luchando con la totalidad llena de lagunas de lo excedente. Los colores claros se combinan con el esfumado. Todas las determinaciones particulares —determinaciones determinantes y determinadas— son esclarecedoras aunque liquidándose entre sí. No nos desvelan, sin embargo, un mundo absoluto y sin hipótesis. (Los ángeles santos y los genios malignos no son ni de este mundo ni del "otro".) Las determinaciones particulares —porque no es la nula determinación la que se cruza con la inefable— podrían a lo más ayudarnos a jugar el juego de un mundo que mantiene relaciones confusas con el juego del mundo, en la afirmación y la anulación de las prescripciones éticas. El hombre, el mundo "y" el juego de ambos no son signos de amor ni de odio. Para no volver el odio del mundo contra sí mismo y el odio de uno mismo contra el mundo, sería preciso —despidiéndose del "es preciso" y jugando varias partidas a la vez— olvidar lo que no hemos aprendido. Desentendernos incluso a propósito de ese "para", de "qué" da sentido a la vida, porque la perspectiva fecundante de la muerte no nos resulta un auxilio demasiado grande para ver claro en el cambio de los seres y las cosas y en los cambios de nuestras actitudes "ante" ellos. Conocemos, sin duda, tipos de relación entre los seres y de los seres con el "Ser". Eros platónico, amistad aristotélica, amor cristiano, sociabili-

dad moderna, camaradería socialista, han sido, son y serán relaciones de este tipo, en espera de la era de la proximidad-distancia planetaria que deje detrás de sí el espíritu de posesión y de venganza —quebrantados el sujeto y el objeto— y trate de aprender a *jugar.* Tratando justamente —pero no con justicia— de poner en el juego lo impensable, lo indecible, lo injugable, lo que no se puede traducir en palabras ni en acciones, una vez que hemos abandonado las superficies lisas y las profundidades terribles y tediosas. El lugar de los dioses que *eran* los jugadores por excelencia ha sido ocupado por el hombre desplazado. En otras palabras, la idea de un dios todopoderoso, dueño del universo, archijugador celeste y supremo de un juego de ajedrez cósmico se eclipsó para dejar un puesto *que sigue* vacío; el del juego que se hace hombre, el del hombre que se hace juego, obediente al juego del péndulo que pone ritmo a los diversos juegos y que hace jugar a todas las cosas. Abiertos al juego del mundo, es decir, todo lo más entreabiertos, no podremos no afrontar el todo del ser que está "en" el juego y en juego, no quedando nada fuera del juego. Se trata de algo inmensamente mayor que una prolongación metafilosófica de la filosofía. Aunque todo pensamiento o toda acción se detenga a medio camino, tendremos que hacer algo más que pensar que la humanidad se ha equivocado a lo largo de todo su camino. Tendremos

que mezclar y superar el acto de vivir, combinado con el de sobrevivir, tendremos que ponernos a jugar con la muerte que juega con nosotros. En esta apertura al juego del mundo —ayudados por un pensamiento contemplativo, pero no despreciativo, especulativo, pero no especulante— tendríamos también que reencontrar los filones de las éticas de la sabiduría asiática y oriental. Mediatizándolas, para forjar nuestra ética planetaria y problemática del juego del hombre, inserto en el juego del mundo y maltratado por él. Quizá haya llegado el momento de que florezca en ciertos labios —¿cuáles?— la sonrisa enigmática e irónica del sabio que entiende el juego que se está jugando, que juega con nosotros, que nos comprende. La aventura planetaria comenzaba a manifestarse en el siglo XX, siglo de la designificación y la insignificancia en el que todo culminaba en la insulsez. Tomando en consideración la extrema limitación del hombre, aquella aventura no seguía ya un camino, porque no había a dónde ir. Comenzaba a jugar el juego. El que no podía eludir. Había dado comienzo con el desprecio de lo humano, un desprecio lleno de lejana compasión.

Suponiendo que el hombre quiera vivir todavía mucho, el juego jugará con el hombre como Dios jugó con los hombres y éstos con los niños. En el crepúsculo de una civilización, en la angustia de un mundo que no contaba con la muerte cercana

en el final, comenzaba a crecer este conocimiento lleno de humor: no hay, a toda costa, salvación para la especie. Heráclito había hablado del logos y Marx entrevió la fuerza de la tecnología. El pensamiento planetario reconoce la marcha errante, allanadora y plana del pensamiento y la técnica. Como preparación de una comunicación con el juego del mundo, más allá del hombre, de la subjetividad, de la egoidad, la ética entrevé la *codependencia* del hombre y del mundo —que no deja de plantear problemas—, se hace problemática, aunque no haya problemas propiamente hablando, solamente preguntas que "resolver" de una manera u otra. Cada problema ético particular es el conjunto de la problemática ética misma, y ésta "es" el conjunto de la problemática especulativa y práctica. Nunca se ha sabido con mucha exactitud cómo responder o poner remedio: ¿totalmente o específicamente? Lo cual no impide que el juego de lo total y lo específico, de las preguntas y las soluciones, permanezca indescifrable, aunque apto para sufrir reformas.

Desde hace dos mil millones de años, la tierra —astro muerto— sigue su propia órbita, separada del sol. En una galaxia de significantes y significados. Con esperanzas que nunca se han realizado como tales, pero que, sin embargo, empujaban "hacia adelante". Con este delirio utópico y escatológico surgieron numerosos meteoros; se quemaron

en seguida y se extinguieron. La tierra continúa dando vueltas. En un universo en el que la disimulación es como un aspecto de la manifestación, la "ética" del mundo ténico se presenta como una combinación de las reglas del juego y de sus transgresiones permitidas o toleradas. ¿Permitidas o toleradas por quién? No sólo por el juego del hombre. Ya que el trabajo no consiste en formar una ética supuestamente dada ni en elegir arbitrariamente una ética entre las demás, no le queda al juego del hombre otra cosa que fluidificar al máximo las reglas que se le imponen, resultado del juego entre el mundo y el hombre, según la época. En esta retirada que efectúa cada época (ἐποχή) en su trayectoria, llega al fin la época de las épocas, la época planetaria, es decir, la época del retiro de la retirada. Es la época del devenir, por tanto también del retorno. Dios, la Naturaleza, el Hombre vuelven en el retorno a la Naturaleza, a Dios, al Hombre y no en el retorno de la Naturaleza, de Dios, del Hombre. Las revoluciones hacen volver épocas del devenir. Es su juego. En sus juegos de apuestas sin límite. De ahí que tengamos que descifrar las reglas de la marcha errante, pasado-presente-futura y poner en práctica productivamente las reglas del juego.

La pregunta fundamental, aunque ensombrecida, ha sido formulada hasta ahora de cuádruple forma, constituyendo este cuarteto una, o quizá la

constelación. Ontológica y teológicamente: ¿qué hay del Ser de todo lo existente? Ontológica y genealógicamente: ¿qué hay del Devenir de lo que existe en su integridad? Ontológica y totalitariamente: ¿qué hay de la Totalidad de lo existente? Ontológica y cosmológicamente: ¿qué hay del Mundo que contiene todo lo que existe en conjunto? A lo largo de esta pregunta y a fin de cuentas, el Ser —el Devenir, la Totalidad, el Mundo— ha descargado su peso en la Nada, a la vez que la pregunta sobre el Ser, única y cuádruple, era disuelta finalmente por el ser humano en el ser humano. Entonces llegó el momento en que se hizo necesario formularla de otra manera: ¿qué hay del ser en devenir de la totalidad (fragmentaria) del mundo (multidimensional y abierto)? ¿Qué hay del Tiempo del Ser, del Ser-Nada, del Uno-Todo, del Todo-Nada, del Mundo-Inmundo? En otras palabras: ¿qué hay del Juego? ¿Del juego de quién o de qué? El juego no es juego de alguien o de algo. Estrictamente hablando ni siquiera *existe*. Es el despliegue del mundo, el Juego de "Esto". Este juego del mundo abre el campo a la articulación del concepto y de lo sensible, sin sacrificar ni lo sensible ni el pensamiento que abstrae. Este pensamiento pregunta por el juego del hombre y por el hombre: es interrogante sin estar al servicio de la interrogación. Preguntando a uno sobre el otro y viceversa, preguntando por el devenir como retor-

no y por la diferencia a lo largo de la repetición del mismo, tropieza con la pregunta: ¿a partir de qué momento hay repetición del Mismo en el círculo, en la espiral del tiempo? Pero los orígenes se esconden siempre y se ha borrado ya toda huella inicial. La unidad contiene la contradicción que va a desarrollarse y que no se trata de escamotear dialécticamente, aunque los contrarios se unan de nuevo, teniendo que soportar nosotros mismos la contradicción operante. ¿Hay a lo largo del juego del mundo una superación final para nosotros los hombres, se entiende, una reconciliación suprema —aunque fuera en el acuerdo discordante—, un consentimiento soberano del juego del hombre con el juego del mundo que necesariamente le ha de resultar también extraño? ¿Puede coronar la búsqueda de la sabiduría un cierto "saber absoluto" que como sabiduría llega a conocer y conocerse? Sí, si no confundimos el juego del mundo, el innombrable, con un ente intramundano o trascendente que sería el inefable. Sí, si aprendemos a renunciar a la palabra clave única y total, dejando de ser el mismo Ser esta palabra. Sí, si sensibles a las fallas, tratamos de unir pensamiento y comportamiento. Formando el Mismo y el otro una unidad y permaneciendo diferentes, podemos llegar a la unificación soberana de las desgarraduras subterráneas —a condición de seguir en la brecha—. El juego del hombre experimentaría el acuerdo

discordante con el juego del mundo: el juego y el contra-juego. No se puede sino jugar a y jugar con los dos sentidos de la palabra juego: jugar como la puerta que tiene juego y jugar a un juego. La sistemática más o menos explícita de las reglas del juego humano *y* de sus transgresiones, es decir, la problemática ética, armonizarán en equilibrio siempre inestable la participación del hombre en el juego del mundo. Sin que el hombre se hunda y sin que el mundo sea saqueado. Para conseguirlo, aunque no fuera más que como pensamiento, el pensamiento no parte del juego de la combinatoria ética para alzarse como pensamiento global; tampoco del pensamiento global para llegar a la ética. Un pensamiento único y diferenciado, articulado, mediatizado, con la mira puesta en la globalidad, implica toda una ética. Dicho de otra forma, el pensamiento único y pánico es, a la vez, pensamiento del juego del mundo y del juego del hombre —del juego mortal. Teoría y práctica del logos, de un logos que reconocería el invencible poder de la oscuridad en la trasparencia, este pensamiento meditativo y fogoso podría ayudar al hombre a ir más allá de sí mismo, a clausurar la época de la subjetividad y a abrirse a lo repetible: a lo que puede jugarse y volverse a jugar más allá de la muerte, de su fin. Mientras el juego del mundo no ofrece ningún prototipo, ningún modelo. El hombre se permitiría entonces dibujar una huella y

borrarla— la borraría él mismo activamente y dejaría que el juego del mundo las borrase. Llamado por el vacío que el hombre llama, vacío que le hace ser y desaparecer.

Es en el "interior" del juego del mundo donde surge lo que es diferente y lo que es diferencia. Siendo el hombre en su juego el que puede diferir, al enfrentarse con la diferencia. Se trata de pensar y poner en práctica la unidad como diferencia, unidad y diferencia del juego del mundo y del juego del mundo y del juego del hombre. El juego "es" al mismo tiempo el todo del mundo *y* el juego que somos nosotros, a través del cual todo se juega (como tal). La época no tiene, sin embargo, ojos y manos más que para el juego saqueado del hombre, y esto está en el orden del juego del mundo.

2

Profundamente *aleatorio* y *paradójico,* el juego del hombre concierne tanto al individuo (que hay que sobrepasar) como a la especie (que ¿hay que conservar?). Lleno de antagonismos y conflictos, el juego del hombre conduce hacia la anticipación nutrida de recuerdo. Este juego se realiza a saltos. Pero la mayor parte de los saltos son reducidos a lo que les da el impulso y a donde llegan agotados, al juego del mundo. Tanto, si no más como en otros temas, no hay en ética una palabra definitiva. Por consiguiente, queda el jugar y el jugarse a sí mismo. Ciertamente, poniendo cuidado en ello; para hacerlo es necesario abolir una cierta tensión y llegar a una serenidad temblorosa. Atentos también al hecho de que muy frecuentemente las instalaciones de la aceptación y las aventuras del rechazo intercambian sus rostros enmascarados. Las

escalas y el crucero del hombre se realizan en un barco que juega con su ancla. Agnóstico y angustiado, nuestro destino provisional (lo que significa: duradero) intenta un apaciguamiento a través de muchas sacudidas. Lo monumental y lo ritmado captan y estilizan lo fugaz. Sucumbiendo a su vez y en su momento a las nuevas interrogaciones, que a su vez imponen un ritmo. El calor humano, del que tanto necesitamos, se manifiesta siempre en una glaciación incipiente. Por otra parte, las situaciones privilegiadas no solamente están situadas, sino que también sitúan. A través de todos sus juegos los hombres se imaginan que buscan la felicidad. Marcando las horas de su vida, el reloj del tiempo —y no el tiempo de los relojes— no marca la felicidad, no da las horas de la pura desgracia. El eudaimonismo es una fugaz tentación que persiste a pesar de todo. La desesperación congela negativamente la esperanza. Los hijos de los hombres y de los dioses difuntos son arrogantes y miedosos. Una especie de vaga timidez los retiene y les impide ensanchar el ánimo. Sus acciones y sus pasiones se inscriben en un pequeño código y no sospechan más que vagamente la existencia de un código más amplio. Un rasgo ascético caracteriza a toda ética, incluida la del hedonismo, ya que postula también un dominio de los placeres. Sin embargo todo se desarrolla en la mezcla de los géneros y exige nuestras clarificacines. Los procesos, los mecanis-

mos y las significaciones de las equivalencias han de ser siempre, y siempre de nuevo, sacadas a la luz. Cada uno tiene en algún lugar el sentimiento de que ha fracasado en su vida. El problema de los problemas que consiste en no malograrla está englobado en un problema más vasto. Bajo el báculo de los mandamientos de la era planetaria todo entra en la época de la socialización, de la colectivización. La moralidad individual reemplazada por la moralidad colectiva —el individuo como "isla" e imperio socializandose "mal" que "bien" plantea no obstante el problema del individuo que, aunque en vías de superación si no de supresión, no puede ser totalmente rechazado. Ni siquiera el cinismo ofrece una salida de emergencia: constituye una ingenuidad invertida. Salvo en la charlatanería de los moralistas, no hay hedonismo ni eudaimonismo, es decir, búsqueda del solo placer y la sola dicha, porque ellos mismos son igualmente problemáticos. No hay tampoco, revolucionarismo radical. Toda revolución es también restauradora. Lo que no impide que se esté continuamente buscando el remedio milagroso: humano, social, técnico, etc. Este remedio se aleja siempre hacia el futuro. Al mismo tiempo se plantea la pregunta: ¿qué va hacer de nosotros esta nostalgia de lo inmediato, de lo primitivo, de lo simple, de nosotros que no sabemos qué hacer con nuestro primitivismo? Al no poder quedarnos sin

puntos de caida es sobre todo allí donde nos protejemos donde llueven los golpes. El destino de los seres humanos es mucho más cerrado de lo que se podría pensar, aunque éstos mismos seres, —y el ser humano en general— quieran pensar en un desarrollo —general— infinito. Lo sencillo que esperamos acorralar en el seno de lo complejo se revela pocas veces. Nuestra sed de satisfacción permanece insaciada. Las complejificaciones crecientes hacen crecer también la disatisfacción y la insatisfacción. Lo que se desea ardientemente —suponiendo que se sepa lo que es— se aleja; y lo que se ha alcanzado no cesa por ello de estar imbuido de un intolerable secreto que anuncia su fracaso. No se reciben solamente visitas frías; no se olvide que cada uno es un visitante frío. A veces entrevemos, sin embargo, posibilidades diferentes.

Según todas las apariencias el pensamiento teórico se orienta —teórica y prácticamente— al juego del mundo, y el pensamiento práctico —práctica y teóricamente— a la ética del juego del hombre (requerido por el juego del mundo). Estamos en la era de la superación de la subjetividad y en la que a los móviles egoístas deben suceder móviles altruistas. Mientras se está enredado en esta interpretación del *ego* y el *alter* (*ego*) no se puede poner en marcha y dar el salto. Queriendo pasar del egoísmo al altruismo el individuo humano, siempre más o menos socializado, y la muchedumbre

solitaria se abre con dificultad una senda a través del dédalo lleno de postes indicadores que los introduce en esa jungla que "debe" convertirse en parque, según los planes de la humanidad planetaria. Seres más secretos, sufriendo también ellos pasiones que, terebrantes, caminan emitiendo señales hacia la pista de despegues futuros. Entretanto la subjetividad no puede más que hacer todo lo posible para ser quebrantada. La complacencia es lo que empuja a la egoidad, convertida en subjetivismo y narcisismo, a su pérdida exasperada. La punta se hace tan larga y tan fina que se rompe. Durante el mismo proceso, el prójimo se encuentra transformado en problema, y este problema conoce también, sin reconocerlo, su desaparición. En la transición de la ética individual —girando en torno al absoluto para el individuo— a la ética comunitaria —que gira en torno a imperativos relativos a la colectividad humana (¿absolutos también?), será igualmente preciso oponerse a los oponentes. En el entramado de las dificultades y de los movimientos sinuosos. Porque todos hacen callar a la provocación. Ella hace sensible el silencio de ellos, silencio hablante y/o mudo. Les da miedo. ¿Querrían los seres ser más de lo que son, en la crasis de lo cuantitativo y de lo cualitativo? ¿Los retendría el temor? A ellos, los vivientes, en continua búsqueda de la felicidad. Un programa alimentado por la obsesión *moderna* de la feli-

cidad prescribe renunciar a la felicidad, no buscarla, siendo ésta la vía para alcanzarla. Lo contrario del temor es, sin duda, la audacia y el de la prudencia en el juego osado y prudente de lo que no puede ser de otra forma. La vida es tanto la vida de todos los días como la vida de los momentos cumbres. A fuerza de centrar la atención con tanta insistencia inconsistente e inconsecuente en esta famosa vida cotidiana se terminará por hacerla verdaderamente, es decir, falsamente, insoportable. La vida sencilla, y dichosa a la que aspiramos, a la cual aspirais, a la que aspiran, nos obliga a mantener la muerte en un mítico recuerdo. Esquivando la importancia de la prueba primordial de la existencia. Todo sigue sucediendo como si la situación actual fuera un perpetuo preludio del porvenir del pasado—. Poco importa aquí que se le cuente por instantes o por siglos. El relampagueo del momento requiere su tiempo, momento del tiempo, que, aunque poco apreciado, aun cuando le son sacrificados tantos instantes, incluye su propia duración [3].

Para ayudar a la vida que despliega velas y perdura se le ofrecen fundamentos e inquietudes. Todos los fundamentos están propuestos y se imponen: familia, trabajo, instituciones, Estado. Las

[3] Nota. *Durée* en el original.

inquietudes vienen indirectamente. El hombre en su juego no puede apoyarse en cualquier naturalidad. Todo "estado de naturaleza" en el ser que nace es instantaneamente contrarrestado, canalizado, social y culturalmente, por lo que existe y se hace. Toda educación es necesariamente represiva e igualmente toda vida social. Es la impotencia frente a los hombres y no la impotencia frente a la naturaleza lo que produce la amarga desesperación de vivir, había dicho alguien, poco más o menos. Abandonar el juego nos es imposible. (El que se suicida no lo abandona). No ser, no ser nada, ser nada no nos está ya permitido una vez lanzados al mundo. La adaptación según las normas del mundo, sobre todo de *los* mundos que lo constituyen, no llega a liquidar las amalgamas, ni aun las indeseables, ni la bipolaridad o el policentrismo. El pluralismo de los valores paraliza la orientación del hombre, lo reduce a la indecisión. Está carente de fundamento y su "conciencia moral" vuela en el vacío y/o se fija en particularidades. La tentación de retirarse de la vida activa es a menudo vivaz y nos señala una estancia también ella frecuentada por los fantasmas.

¿Quién realiza el pensamiento y la acción planetarias del juego del mundo? El "mismo" juego del mundo. ¿Quién juega a este juego del mundo? El hombre planetario. Para jugar a este juego nadie tiene valentía indefectible en todos los planos.

Todos escondemos algo de cobardía. Como individuos y como pueblos. No se nos puede perdonar ser lo que somos y lo que llegamos a ser, del mismo modo que no podemos perdonárselo a los demás. Alegría y pena del "perdón", sacrifican al amor propio. En la madeja de las reglas calculadas en la que se mezclan hasta la confusión "interés" y "gratitud". Porque en el plano de la inercia humana —desde el que se toma impulso— duro y blando se confunden. Todo merece que se mire de cerca, para poner remedio a las insuficiencias. Corriendo el riesgo de ser visto desde demasiado cerca. Todo nos obliga igualmente a que veamos el todo desde más lejos. A riesgo de verlo desde demasiado lejos. Los diversos fragmentos están más bien ligados en el ser humano, aunque no perfectamente, y pueden facilmente dislocarse. Las debilidades pueden en cualquier caso tener un porvenir fecundo. De todas formas, la confusión en los seres, la confusión entre los seres, la confusión —o a menudo, la insipidez— de los intervalos son impulsoras.

La ética problemática está obligada a reconocerlo: el hombre no es ni esto ni aquello. Todas las formulaciones —que él mismo formula— lo designan como el ser que se formula. Como tal, es el único. La fragilidad de la vida humana, esta totalidad fragmentaria en devenir, actualiza Esto que juega, —tanto si somos tolerantes como into-

lerantes—, en el movimiento que fluye y en el que va contra la corriente que no cesa de obedecer las reglas de exclusión. No a toda tensión corresponde una solución que sosiegue. A la vez es forzoso atreverse a entrar en los meandros de la consolidación. Sin que sea necesario que a la ofrenda corresponda una recepción inmediata. Obsesionados por el deseo de centralidad, tropezamos contra las periferias. Por consiguiente nos orientamos hacia la integración, la seguridad en la adaptación, la recuperación de los ritmos que situan, la inserción en los conjuntos y el gran conjunto, los apoyos y los pretiles, las planificaciones; al mismo tiempo, "sin embargo", la superación y la innovación, la apertura y la aventura, la exploración de la alta mar nos lanzan su llamada. En una profunda ambivalencia. También la búsqueda del placer y el rechazo del dolor, por ejemplo, invierten frecuentemente sus signos. Ni ángel ni fiera, el hombre oscila entre los preliminares y la culminación. Quedando a mitad de camino y precipitándonos hacia las conclusiones, dejamos siempre para más tarde lo que, sin embargo, nos está quemando. Ser serenos y ágiles no nos es tan facil a nosotros que de forma permanente, queremos pedir consejo. ¿A quién? La reconciliación consigo mismo, con su mundo y con el mundo a la que los seres desgarrados esperan llegar —ciertamente con altibajos—, sigue activa, a pesar de los mentís que se le infligen, por-

que inmediatamente presta fe a lo que brilla como una estrella. En la otra vertiente de la problemática ética, la búsqueda edipiana de la culpa —tratando, como a contrapelo, de acosar a la causa culpable— no alcanza nunca la claridad cegadora —legendaria y ejemplar— porque se pierde en este ovillo que es nuestro "destino" del que sacamos cada vez un hilo. El conocimiento y el reconocimiento al que llegamos, en el entrelazamiento de los inevitables compromisos, permanecen así sujetos a fianza y revisión. Así, pues, el hombre, este "animal enfermo", conoce menos la actitud frontal que el afrontamiento. El "objetivo" permanece; que todo hombre sea lo más posible (el) mundo.

Es indispensable que todo lo que existe y se despliega —aun afrontando su aniquilamiento— posea un rostro, un perfil, una cara, para mostrarse. Allí mismo donde todo se acopla, todo se hace también desmontar. No somos libres de evitar la iteración. No nos queda otro remedio que asumirla. Respetando los casos límites. No es que la individualidad superior —hablante, pensante, y actuante— sea tan gran maravilla. Pero todo caso concentra en sí misma —a través de sí misma— potencialidades (implícitas) que formula y actualiza al hacerlas explícitas. De esta forma ofrece cimientos y se ofrece a la crítica. Sin duda alguna los seres humanos son diferentes e idénticos. Tan diferentes entre sí y tan parecidos, estos seres pue-

den muy bien comenzar a confundirse entre sí. Como si fuéramos olas (o pequeñas ondulaciones) en el océano cósmico y humano, somos reacios a romper. Porque todo nuestro juego está acosado por el recuerdo y la espera que nos acosan. Tratamos de remediarlo, acosados por el refluir. La mayor parte de las conductas humanas no constituyen más que sobrecompensaciones y comportamientos de defensa. Buscamos a la vez el estímulo y el sosiego y, al hacer todo lo que creemos poder hacer, no podemos evitar lo eludido por completo. En el seno de todos los problemas volvemos a encontrar frustraciones infantiles precoces de deseos, pero, sobre todo, de necesidades, no saciadas. El hombre no ha nacido bueno o malo. Es mucho después de su nacimiento cuando su conocimiento y su reconocimiento han establecido estos valores. Tantas y tantas conductas que se estiman relacionadas con la moral o lo inmoral deberían reducirse a una especie de *tonus* moral. Este sería el que habría que reforzar y fluidificar, liberándolo del culto —triunfante o maltrecho— del propio yo, de la propiedad privada —o de la propiedad pública— y del espíritu de venganza. Pero la persona no se deja fácilmente expoliar y sobrepasar, las redes de la apropiación son tenaces y estamos todavía tremendamente lejos del espacio-tiempo a partir del cual podría ser sobrepasado el espíritu de venganza (pero ¿cómo renunciar al arreglo de

cuentas?). En una palabra: todavía no hemos aprendido a jugar.

Se dislocan ciertos seres a fuerza de activismo y otros están como muertos por inhibición. ¿A quién o a *qué* se le ha dado el control de sí mismo? Los seres y las cosas "existen" y se mueven con más dificultad todavía en el mundo del desencanto y de la ausencia de fervor. Se denuncia la propia desgracia a través de la de la condición humana, e inversamente. Aspiramos a biografías imaginarias. Las cuales también nos rechazan. Los sentimientos y su mitología mueren poco a poco para renacer, transformados, de sus cenizas, en la "consecuente" inconsecuencia entre la vida y el pensamiento, en la vida y en el pensamiento. Continúan también moviéndonos y conmoviéndonos sin cesar, bajo variados disfraces. Esta es la razón de que los contextos tengan mucha importancia, al menos tanta como los textos del pensamiento y de la acción. El poder extraordinario del juego de las tonalidades afectivas, de las atmósferas y de los ambientes (*stimmungen*) se disimula en los juegos habituales de las presencias opacas. Lo que no quiere decir que este juego no rija también el juego al que juega el hombre con el mundo.

¿Se trata de que el juego del hombre aprenda a replegarse —¿de nuevo?— en la espiral del juego del mundo que lo ha desplegado? Si no, ¿de qué otra cosa puede tratarse? ¿No se trata de que el

juego del hombre se inscriba en el espacio-*tiempo* del juego del mundo? Aprendiendo a entregarse a una visión que sepa atravesar y transgredir todos los pequeños juegos —los mezquinos y los demás—, en la dirección del gran juego.

IV

PERSPECTIVAS HISTORICAS

1

La ética problemática, y aun la moralidad en general y la que se plantea problemas particulares, es inseparable de las perspectivas históricas globales, incluso y, sobre todo, en esta época del comienzo del fin de la historia. Todo sucede como si se tratase de anunciar proféticamente lo que ya ha tenido lugar. La antropología abierta, la ética problemática, la política discutida están inmersas en una especie de teoría de la historia de la que constituyen también los rayos luminosos.

Una constelación domina nuestra época: todo tiende a la organización tecnocientífica, a la explotación de todo lo existente, a su transformación productiva destinada a la incesante usura y al consumo. Una ideología común —con variantes— rige todo este asunto mundial, basada en la muerte de la religión y en la "realización", no

menos que en el olvido, de la filosofía. El positivismo es el tirano supremo y hasta llega a lanzar llamadas al "espíritu". La época no llega a ver claro en su empresa y a forjarse una perspectiva que no sea planificadora y reformadora. No faltan las oposiciones parciales o radicales, nunca desprovistas de tabús. La crisis permanente de civilización pertenece al cariz profundamente nihilista de una civilización y de una cultura que apenas saben en nombre de qué parten a la conquista de la tierra y del cielo. Las apologías y las críticas de esta *época* se quedan cortas. ¿Qué sucederá cuando esta civilización pierda lo que le queda de fe (colectiva) en su propia misión, cuando se derrumbe lo que queda de sus "fundamentos" éticos? ¿Se remediará esto técnicamente? ¿Podrá abrirse, pero a partir de qué presupuestos y hacia qué fines orientada, otra perspectiva? Una comprensión distinta de este proceso de transformación, ¿conseguirá llegar a "otro" tipo de actividad? Preguntas intempestivas a las que falta hasta el horizonte de una respuesta, al haberse hecho problemático el mismo horizonte —la noción de horizonte— y al hacerse circunscribir y llenar técnicamente el horizonte cósmico. Por el momento, ni aun la imaginación más desbordada llega a alcanzar otra cosa que la sociedad industrial o su negación abstracta: una sociedad naturalista e idílica. Durante este tiempo la "democracia" totalitaria,

tecnoburocrática y autoritaria, parece marcar con su sello los comienzos, y quizá no sólo éstos, de la era planetaria. Los sueños anarquistas infantiles que quieren *todo,* destruir todo en seguida y consumar todo en un momento, no llegan en absoluto a repensar el problema del poder técnico y político. Parece que es extremadamente difícil que un movimiento que se pretenda revolucionario sea capaz de pensar. Y el humor de la izquierda se sigue haciendo esperar. Las brechas que se abren de cuando en cuando en el sistema forman parte, hasta "nueva orden", del sistema. La revuelta tiende a institucionalizarse cada vez más. La corriente subterránea que corre bajo cada época sólo es perceptible para los que están preparados para presentir lo que va a venir.

Las costumbres de una sociedad constituyen una especie de universal que no excluye, antes bien, al contrario, las tristes normas. Se imponen a los individuos, canalizan y simbolizan su existencia desde el nacimiento a la muerte y hasta el culto a los muertos. El conjunto de las reglas, de las regulaciones y de las reglamentaciones —en busca del "justo medio" excedido por los extremos— llevando consigo *sus* transgresiones y *sus* oposiciones —a veces revolucionarias, a menudo "estériles"— nos hace adherirnos a las medianías, dejándonos ilusionarnos y creer que hacemos "otra cosa". Reposando en una educación gracias a la

cual la imposición se hace aspiración, control social integrado síquicamente y censurado inconscientemente, este juego evita los riesgos demasiado grandes, asegura la cohesión de los grupos y de la sociedad, garantiza, hasta nuevo aviso, la vida y la supervivencia de la especie. Dejando libre el problema de la meta-moral de una época que va hacia la ultra-modernidad en la que los arcaísmos no dejan de tener algo que decir.

Están en juego cada vez más la rectificación del tiro, los esfuerzos de adaptación y acomodación, la aceptación y la integración en el orden de los seres y de las cosas que existen y se mueven. Todos tratan de conjurar, de exorcizar el desconcierto —por medio de ideologías y de métodos de organización, por medio de buenas palabras y de remedios polimorfos—, de ofrecerle refugios y móviles de acción, de sostenerlo con armazones. Este desconcierto, en todo caso, viene de lejos y probablemente llegará más lejos todavía. Lo mismo la organización que el desconcierto de la época no son escrutados radicalmente. Sólo se examinan aspectos particulares —o "todos" los aspectos vagamente multidimensionales—, a los que se atribuye cada vez el mal y las soluciones, o nos lanzamos a consideraciones vagamente metafísicas. De lejano origen, el dominio de la época, al que se querría dominar, permanece justamente, como tal, invisible. La culminación de su marcha errante

apenas es previsible. Y la ética de estos tiempos, nutrida con tradiciones del pasado, se hace casi informulable en el presente y permanece abierta de par en par en la dirección de un porvenir que parece cerrado.

Los rasgos característicos de cada siglo y de sus fragmentos marcan nuestras reflexiones y acciones, obligándonos a someternos —positiva y/o negativamente— a la marcha errante y al juego dominantes, a las reglas, a los estilos y a los ritmos que se imponen en cada época, penetrando nuestro ser y nuestra concepción del deber ser hasta que, alimentada por el recuerdo o aun por una especie de memoria que no tiene puntos de apoyo efectivos en el pasado, surja una anticipación que atraviese el presente. Estamos a la espera de los clásicos de un no-clasicismo, aun contando con no escucharles cuando hablen. La modernidad tiende con crispación hacia lo que lleva el nombre de bienestar o de felicidad, sin saber lo que es. Durante el tránsito de una generación de élites a una civilización de masa, es en la rarefacción donde todo tenderá a parecer con lagunas. Lo concreto e individual —lo *privado*— irán en busca de su lugar en el no-ha-lugar generalizado, embarcados en una aventura desorientante, en un espacio abstracto y en un tiempo que se escapa. Poneos a situar en el seno de esta aventura la apertura o la cerrazón de la acción moral. Desengañados como

estábamos (aunque no hubiera ciudad ideal en la que se hubiese podido inscribir nuestra acción moral, ni en la tierra ni en el cielo), perseguíamos lo que se nos imponía: eróticamente —en la unidad y la variedad—, familiarmente —en la continuidad y las rupturas—, amistosamente —en los encuentros y las separaciones—, profesionalmente —en las instituciones albergantes y agrietadas—, políticamente —en las inspiraciones expirantes—, espiritualmente (si aún se puede pronunciar esta palabra) en las casas enigmáticas de una cultura anticuada con gérmenes a punto de manifestarse. El camino como doctrina y regla de la existencia individual y colectiva mantenía nuestro juego. Andando por esta vía, aspirábamos a otras reglas, sin preocuparnos del enigma del Sí-mismo.

Desde hace algún tiempo toda época aparece como una larga época transitoria y provisional. No *se* quiere reconocer el comienzo del fin. Sin embargo, tradicionalmente y revolucionariamente es como se nos tragan las olas —aunque sean metahistóricas—. ¿La densidad y la intensidad de la vida no "valen" más que la vida, aun cuando la vida no sea el supremo valor, ya que para existir, y no solamente para ser, tiene necesidad de mediaciones que afirman y fluidifican todos los "valores", tiene necesidad de autoridades irrefragables y de no menos irrefutables preguntas? Se puede asimismo vivir vegetalmente y animalmen-

te, pre y metahistóricamente. Hasta es más cómodo. Quizá sea preciso que esta época reviente bajo el peso de lo positivo, *id est* del positivismo, y en la llamada del negativo abstracto, *id est* de la negación indeterminada, para después dar un paso. ¿Hacia qué?

¿Cambiar los hábitos de una época? ¿A cuál de los simulacros humanos le toca esta tarea? Los nuevos amos de la tierra y el juego en el mundo no escapan a su contrario. Otras formas de tensión entre los minoritarios y los mayoritarios, así como entre los gobernantes y los gobernados, los que deciden y los que reciben las decisiones, los que crean el subdesarrollo y los subdesarrollados, surgirán inevitablemente. Adelantarse a las costumbres de una época quiere decir: dar la voz de alarma. ¿Quién lo hace? A los antiguos locos del reino sucederán los locos del socialismo. Para que un individuo o una época encuentre su estilo, si tiene ocasión de ello, es necesario que aplique y trastorne no poco las reglas del juego. Actualmente, el rasero parece alcanzar a todo lo que "merecía" ser alcanzado. Es decir, absolutamente a todo, relativizándolo al máximo. Los diagnósticos concretos y precisos que reclamamos no se someten a las falsas simetrías y no se asocian sin más ni más a los remedios. La ausencia de modelos para las instituciones y las conductas no marca la dirección de otra presencia. En pocas pala-

bras, la colectividad humana no llega al descuento global y total. Siempre hay atrasados. Desea, sin embargo, sobrepasar la desesperación en una mezcla de cálculo y apuesta al azar, de esperanza y sufrimientos en la que conjura y planifica el riesgo, en sus juegos audaces o cautelosos. En el seno de la totalidad quebrantada de las libertades reglamentadas. Al querer decir y hacer "demasiado" no se eliminan las fuerzas de la suspensión que desordenan y barajan las cartas de las alianzas, de las complicidades y traiciones, ya que épocas estables y orgánicas o inquietas y críticas se superponen y nos hacen ver que las palabras y las acciones cuentan y no cuentan a los ojos de un legislador totalizador e inexistente. ¿Es cierto que hay poco que decir en el imperio creciente de la democratización radical donde se habla cada vez más? El asumir lo que hace hablar al silencio y lo que reduce al silencio a la palabra, ¿puede constituir una orientación (no os inquietéis: también práctica) para la vida polarizada por la pregunta: todo lo que se produce se produce necesariamente y lo vemos producirse necesariamente, o es el "él mismo" lo que se produce necesariamente?

La miseria de la abundancia —en todas las gamas de la profusión y la opulencia— está todavía ante nosotros. Lo que igualmente está ante nosotros es la mediocridad. ¿Cómo logra escapar

siempre y manifestarse en todas partes? En el refugio que se esconde detrás de cada barricada se esconde la fatiga. Al aparecer los momentos revolucionarios como muy excepcionales en su comienzo, no se ve con claridad que también están acechados por su recaída —primero terrorista, después restauradora—. Primero los muros retroceden cuando la cólera estalla. Después se ponen a avanzar, al mismo tiempo que nace una nueva cólera. Hay con todo cóleras que llegan claramente tarde, en un mundo ya revolucionado y consolidado. Querer crear a toda costa una cultura revolucionaria es propio de un voluntarismo abstracto. Lo cual no resuelve la pregunta: ¿hasta cuándo puede sobrevivir una cultura moribunda? El atractivo de lo nuevo está habitado por el desgaste futuro. ¿Entonces?

Toda historia es sistemática, todo sistema es histórico. Toda historia es una historia que no lo es. Sobre todo, en la fase final de la posthistoria. Indiscutiblemente, la miopía histórica confunde parecidos y diferencias. La globalidad fragmentaria de la marcha errante planetaria, a la vez en su conjunto y/o en uno de sus vectores o aspectos, utilizará fragmentos vastos como el horizonte, multi colores como los colores del prisma. Izad cuanto podáis las banderas de colores claros y alegres. ¡Con muchos vivas! Saludad de todo corazón a todas las alegrías. El olvido es fundamentalmente

el no-fundamento —el fundamento tradicional está en la caducidad— de cierta marcha "hacia adelante". Forma de extinción de la inextinguible angustia. Necesitamos sobre todo del olvido cuando se trata de salir marcha atrás de una historia, si no de la historia, o de huir hacia adelante. Estos dos procesos no eliminan el enigma de las huellas. A fuerza de huellas se desarrollará, sin embargo, bajo el signo de esos procesos, la indiferencia ante la huella. Ahora todas las huellas tienden a amalgamarse. En el dominio moral —ni más ni menos que en los otros —domina el eclecticismo, sociológica y éticamente tanto como histórico-mundialmente. La reacción está impregnada de él, el conservadurismo le está sacrificado, la corriente uniforme del progresismo lo arrastra. De origen alejandrino y sincretista, este *ismo* —que no es solamente una palabra y un nombre, sino un estado y una cosa, si no es el estado de cosas —conoce un vulgar triunfo con Víctor Cousin, filósofo—, "tricolor" y burgués de lo *Verdadero,* del *Bien,* de lo *Bello,* que iza la bandera del eclecticismo. (Este pobre Víctor no es, sin embargo, más que un simple indicio.) El eclecticismo abraza, castra a todos los *ismos.* Estos *ismos* han de ser aún experimentados y pensados. ¿Hasta la náusea? ¿Hasta su agotamiento? Por otra parte, hoy día, judaísmo, platonismo, aristotelismo, cristianismo (integrista y progresista), islamismo, humanismo, liberalismo,

individualismo, colectivismo, socialismo y comunismo, es decir, cartesianismo y hegelianomarxismo, se interpenetran. Se combinan con el racionalismo y los racionalismos, los misticismos y el cientismo, Freudismo, surrealismo, existencialismo, estructuralismo, se mezclan con ellos y entre sí mismos, de forma más o menos autoritaria o libertaria. Sin embargo, ya sería hora de afrontar el nihilismo, secreto y ataúd de todos los totalitarismos y de todos los anarquismos. Asistimos —los que somos contemporáneos del escepticismo generalizado—, y contribuimos a la formación de un nuevo confusionismo mundial y planetario. ¿Se trata de remediarlo, de pensarlo, de interrogarlo, de hacerlo saltar, de realizarlo? Sin sucumbir al dogmatismo, ¿en nombre de qué principio o de qué conjunto sistemático de principios podríamos orientar nuestro pensamiento y nuestra acción? En el mismo momento en que las ideologías, todas moribundas, hacen restallar al aire sus colores marchitos, todo el mundo busca una ideología —es decir, una amalgama de pensamientos y acciones que ni piensen ni actúen— y se vuelve al eclecticismo mismo, un tanto desorientado, que se alza como ideología dominante cuya punta querría ser penetrante y de hecho está roma. Los argumentos que quieren combatirlo son y siguen siendo insuficientes: afectados por él, infectados, andan errantes organizadamente, y nos impiden

ver que la idea —o la práctica— de todo soberano bien se nos sigue negando, no siendo esta ausencia, sin embargo, deplorable como una no-presencia. En pocas palabras, tenemos que despedirnos de toda presencia-ausencia: no ir contra ella.

La inanidad de la sociedad industrial generalizada que algunos espíritus poco precisos y precipitados ven encaminarse ya hacia la sociedad post-industrial, la inconsistencia del "nuevo" tipo humano, completamente gastado ya, son datos que ninguna utopía revolucionaria, ninguna escatología progresista consiguen anular y, con mayor razón, sobrepasar. El reinado aristocrático, democrático o socialista de la ética pasada-presente-futura es casi coextensivo al de la mentira. Inconsciencia y consciencia, mala fe y disimulación, ilusión y sofisticación tienen un fértil porvenir. Aparentemente todo lo infantil parece que ha de hacerse adulto. Todo lo que es natural parece que debe hacerse social. Todo lo egoísta parece que debe hacerse altruísta. En medio de este proceso lo que golpea sordamente a nuestras puertas no se deja reconocer fácilmente. Tras los malestares, las revueltas, las aspiraciones y los programas sociales se disimulan un malestar, una reivindicación, una aspiración y una esperanza que no adquieren fácilmente forma.

No faltan voces que propugnan una ética de la austeridad, una moral ascética —aun sin santi-

dad—, una moralidad de renuncia. Decir que el rasgo dominante de toda ética, de toda moral sea ascético no resuelve los problemas de los ciudadanos que viven en las llamadas sociedades de la abundancia. Reiterando lo dicho: la unión de la ética problemática y de la técnica planetaria se oculta al pensamiento que no acepta el escándalo de su separación respecto de la vida. ¿Cómo conseguir estar como en su propia casa entre lo que existe, asumiendo la profunda extrañeza? Sin erigir el deber-ser como juez del ser y reconociendo a la vez la existencia de las diferencias y de las determinaciones y el hecho de que están recogidas en la unidad polisegmentaria del Todo, ¿cómo permitir a la problemática ética de la expansión planetaria de la técnica que asuma la libertad en la necesidad?

2

No se ve, pero no importa: la época marcha hacia la instauración de una mediocridad y de una insignificancia mundiales y planetarias. Lo que dormitaba desde hace tanto tiempo tiende a la dominación de la tierra. Poderosamente ayudado por la técnica, sobre la que los tontos ingenuos y los tontos sabios continúan sus elucubraciones proclamando su domesticación, cuando está claro que es ella la que nos domina. La época de los últimos hombres y de los últimos de los hombres durará. Mucho, muchísimo tiempo. No se trata, pues, de hacer oir mugidos éticos en esta carrera. Los problemas prácticos, demográficos, higiénicos, urbanos, etc., que la era planetaria tiene y tendrá que afrontar encontrarán, al parecer, algunas soluciones, algunos de estos problemas permanecerán insolubles y permitirán a los críticos ejerci-

tarse en ellos. Se podrán rellenar las grietas, más o menos. Pero *el* problema no será afrontado. Ya ahora se charla indefinidamente acerca de la sociedad de producción, sociedad de consumo. La tenaza producción-consumo que aprisiona "nuestra" sociedad no se dejará soltar por un milagro. No caracteriza solamente una configuración social, la de la producción y el consumo ilimitados. El tándem legítimo producción-consumo, de proveniencia "ontológica" tanto como tecnológica, viene de lejos y va lejos. Sería preciso —pero no lo sería éticamente —que se le tome en consideración tanto en su origen como en el desarrollo de todos sus aspectos. ¿Quién lo hace, sin embargo, y quién escucha a los que, poquísimos, lo hacen? Ni siquiera surge una sátira total de esta sociedad y de todas sus manifestaciones. Todo rechina y nadie se ríe, quizá porque todo el mundo es risible. ¿Se trataría —entre todos los espectáculos y todas las simulaciones posibles e imaginables— de llegar a la instauración del socialismo? ¿De qué socialismo? ¿El que llegaría hasta abolir la distinción entre gobernantes y gobernados? ¿Quién gobernaría entonces la sociedad? Es decisivo lo que pasa y lo que ocurre, aun en el área de la indiferencia generalizada, y no aquello en lo que sueñan las sectas nerviosas. Cuán a menudo, por no decir siempre, el instrumento de la idea se convierte en obstáculo para la realización de la

idea, a la que no queda más que el pobre papel de ideal. A los payasos, sin embargo, les gustan los ideales, son gratuitos. Todo lo que se diga sobre una crisis de sistema, una crisis de civilización, es inoperante. La angustia aburguesada y la tristeza contenida no salen a la luz, no fecundan las horas de la noche. Todo el mundo se abisma *medianamente* en los dédalos del laberinto: las élites, el pueblo, la chusma. Comprender a la vez los actos y las cosas instituidas y lo que las niega no está al alcance de todos. La economía continúa funcionando con sus pérdidas y ganancias, la política con su poder y sus revueltas, la ética con sus valores y contravalores. Ni las marginalidades pasivas o activas, ni las contrasociedades activas o pasivas, ni las sectas que se creen superiores, ni los poderes ni las oposiciones cambian en nada el destino del *hombre medio:* convertirse con *medios mediocres* en dueño del planeta, como humanidad dominada. El hombre de esta humanidad bascula desde el egoísmo individualizado al egoísmo socializado, es decir, al supuesto altruismo —porque egoísmo y altruismo tienen el mismo móvil— y sigue siendo fundamentalmente *mediocre* y hombre *medio.*

Cierto nivel primario es necesario para sobrevivir de ahora en adelante. ¿Hasta qué punto puede la sociedad, desde ahora ya post-histórica, soportar su crisis, su neurosis? Su poder de integra-

ción es indiscutiblemente grande y contamina todo lo que toca. A los problemas-claves corresponden cerraduras en las que estos problemas o estas claves puedan dar juego. Está también el problema que se avecina: la reducción considerable de las horas de trabajo que planteará a una proporción creciente de la humanidad el problema de la calidad de la vida, del juego, de los ocios. La mediocridad humana crecerá, sin embargo, también en la correspondiente proporción. ¿Será mantenido el equilibrio inestable y conocerá reformas eficaces? Podría ser que la "historia" no engendre ya pensamiento ni justicia inmanente bajo forma de tragedia. Desembarazada a la vez de la comedia, podría proseguir su curso con mucha vanidad. Todo sucede, en cierto modo, como si el porvenir estuviera detrás de nosotros, como las aguas de un río para un pescador con caña. Es el pasado el que nos ha pasado ya. El capital-socialismo tecno-burocrático que nos toca en suerte reduce considerablemente la opción política (si fuera posible elegir la política que se impone). Y ¿la ética? Esta es precisamente muy problemática. El Estado democrático-totalitario más o menos conciliador, no puede prescindir de la política reaccionaria, conservadora o progresista, y aun izquierdista. No es, por consiguiente, falso decir que hemos llegado —¿al fin?— a una situación *sin al ternativa.* Simultáneamente, todo se hace critica-

ble. El positivismo de derechas, del centro o de izquierdas, así como la restauración, a veces revolucionaria, determinan la constelación de la época. La oposición —siempre parcial— es asimilada, minimizada, recuperada, castrada, neutralizada. La oposición a la oposición no llega muy lejos. La proliferación de las utopías engendradas asegura de forma cómoda y anodina el "buen" funcionamiento de las instituciones existentes, constituye una válvula de seguridad para ellas. La época histórica que se esboza aparentemente no tiene necesidad de un pensamiento que ilumine su "conciencia de sí", ni siquiera un pensamiento a secas. El fin del pensamiento filosófico —y ético—, ¿marca también el fin del pensamiento, ético entre otros? ¿Cuál es la utilidad del pensamiento? Graciosa pregunta. Vale más, parece, tratar de pensar las tecno-estructuras contemporáneas preñadas de magro porvenir. La descomposición social no parece tener muchas oportunidades. Al final de la historia, ¿volverá a empezar la historia? Otra pregunta extraña. La post-historia prosigue el curso que la persigue. La espontaneidad de lo que se llamaba la libertad se inscribe en la organización totalitaria que abre de cuando en cuando las compuertas a problemáticas liberalizaciones. En cuanto a la democracia directa de masa, la autogestión completa de la sociedad, el control social total y las decisiones tomadas por todos los

trabajadores-ciudadanos, nada nos impide soñar con ello. Nada nos prohibe mantener indefinidamente la aspiración acuciante a otra cosa. De todas formas tendremos dificultad para ver lo "nuevo" como algo diferente que no es lo contrario de lo antiguo.

El juego que atraviesa la problemática ética y la sumerge en las perspectivas históricas y post-históricas puede gustar o disgustar. Dicho vulgarmente: el juego se ríe de ello. Para que toda la humanidad pueda jugar —con el mismo derecho más o menos— es preciso que la sociedad industrial (si no post-industrial) sea alcanzada universalmente. Pero la diferencia —¿creciente?— entre los países técnicamente superdesarrollados y los países subdesarrollados, ¿cómo jugará a su vez?

Leyendo lo que precede, sobre la *época*, practicad vosotros mismos la suspensión de juicio, ἐποχή: evitad las ideas generosas y las sonrisas escépticas. Como rompientes levantaos no contra las olas, sino en medio de las olas del mar, cuya vuelta se puede dar. Jamás puede gustarnos plena mente una totalidad y para sobrepasar es necesario pasar por y dejarse atravesar. En una mezcla de placer y disgusto lanzaos a la reconquista de la nada descubierta, vosotros, fabricadores y fabricados. Es agradable ser el Mesías —el hijo—, es deprimente ser Dios —el padre—. Ya que vues-

tro placer ha de pasar por la resignación y combinarse con la ley, ya que no creer en nada es estrictamente imposible, ya que tenéis tendencia a rechazar los pensamientos que os persiguen, aceptad, vosotros, hijos de los dioses muertos, hijos y padres de los hombres destinados a morir, la inversión mutua y recíproca de todas las cosas, última marcha errante. Ni el dominio del trabajo que casi apunta a su abolición (Marx), ni el dominio del amor en disputa con la muerte (Freud), ni el dominio del lenguaje puntuando el silencio (moda e ideología modernas) son aptos para llenar el horizonte futuro. La actualidad nutricia y declinante se devora a sí misma. Entregándonos a colmar el vacío y guardando nuestras distancias, ¿no podríamos —abiertos a lo que no pasa —asumir el juego del Mismo, soportar el paso del tiempo[4], concordar con el tiempo? Sin buscar fundamentos últimos y habiendo problematizado al máximo la exigencia de transformar el mundo, de cambiar la vida, sin buscar con un fanatismo frío la causa y la causalidad, la culpabilidad, sin entregarse al resentimiento y a la venganza, sabiendo que ningún objeto —o sujeto— corresponde al deseo del hombre, ¿no podríamos abrirnos, un poco, a lo que nos interpela, a lo que nos requiere, a aquello de lo que somos la indispensable pareja

[4] *Durée* en el original.

del juego, así como el juguete y la apuesta? Jugando cada uno de nosotros a la vez un "irremplazable" juego individual y diferenciado y el juego "histórico"-mundial, ¿podríamos, dentro de las perspectivas que existen y que se adivinan, realizar algo más que la búsqueda o el amor por la sabiduría? La interacción del juego del hombre "y" del juego del mundo no se reduce ni a una interacción ni a una de sus "dos" componentes. ¿No sería posible adquirir la sabiduría y el saber de este juego y obtener en él, por él, nuestra "salvación"?

Podéis tender hacia la sabiduría, el saber absoluto, la salvación. Como hacia un límite asintótico. De todas formas, no os imaginéis, por favor, que las perspectivas históricas de una ética problemática terminan en un *happy end* total y final, planetario y mundial. Tenéis tendencia a tranquilizaros con mucha facilidad o, por el contrario —lo que viene a ser lo mismo—, a dejaros llevar del pánico. "El gran Pan ha muerto". El movimiento de la inquietud fecunda y el de la totalidad pánica abierta siguen un camino distinto. Meteos en la cabeza que no hay ya grandes alternativas éticas, políticas, "históricas". Las fuerzas llamadas históricas combaten todavía con las últimas energías que les quedan, es decir, pocas. Reaccionarios, conservadores, centristas, revolucionarios ordenados e izquierdistas hacen cada uno su juego

sobre el tablero pautado. Dependen los unos de los otros. Sobre todo, aprended a poner en hora el reloj de vuestra espera: con cambios medianamente espectaculares —y reformas administrativas absolutamente urgentes y necesarias— se pasará de lo semejante a lo mismo; aun las catástrofes menores, permaneciendo como muy improbable la gran catástrofe, llegarán de nuevo a la instauración del mismo orden bajo diferentes colores. Pero los colores tienen igualmente su importancia.

FIN

Siempre ha existido lo impensado en toda historia del pensamiento. El mismo eje ético del pensamiento y de la acción permanece oculto en lo impensado. Este impensado no es en absoluto el inefable al que llega la metafísica. No se deja, sin embargo, claramente ni decir ni hacer —en una palabra: jugar. Porque "es" el juego que lo desbarata todo, sea rígido o flexible. En su devenir que acoge el retorno, la historia del pensamiento afronta repeticiones y diferencias que se le imponen. Al reiterar, al andar su camino, sufre todo el afrontamiento contradictorio de los sistemas de valores y se encamina hacia una lectura simultánea a distintos niveles de textos diferentes, lo cual tiene poco que ver con la verbosidad contemporánea en torno a los textos. Porque un texto no es más que un texto. Y a la pregunta: ¿qué es el pensamiento?, responde, haciéndole eco, la pregunta: ¿qué es la "acción"?

El juego del hombre ofrecido al juego del pensamiento, en la espiral englobante del juego del mundo, ¿tiene aún tareas que realizar? Ciertamente sí. ¿Cuáles son o pueden ser estas tareas? Pensar más radicalmente, más originalmente y más productivamente. Actuar con más flexibilidad, más irónicamente, fecundando situaciones y dejándose fecundar por el pensamiento. Jugar, en el sentido amplio y fuerte del término, tratando, cuanto sea posible, de salvar el sueño, a falta de realizarlo, tarea imposible. No buscar un sentido del mundo o de la vida, sino participar en su juego. Poner de acuerdo la libertad con la necesidad reconocida y asumida. Menos seducir que dejarse seducir por lo que es fascinante. Soportar la alteridad en la mismidad y la mismidad en lo otro. Interpretar y vivir los juegos combinados de las alternancias, de las compensaciones, de las equivalencias. Captar simultáneamente los contrarios y las contradicciones: y su especifidad y su lucha y su unidad. Respetar tanto la contradicción como la no-contradicción, situando y desarticulando las inconsecuencias y las incoherencias, transgrediéndolas y sobrepasándolas. Tomar nota de la unidad y la identidad *con* la negación y la diferencia. Unir los sedimentos y los fragmentos en un todo y afrontar el todo segmentado y estallado. Estar y permanecer despierto, constatar con humor el progreso de la imbecilidad, descubrir las reglas del

juego a través de todos los desórdenes de los sentidos y las costumbres. Aceptar tanto el calor como el frío, y aun la tibieza. Adelantarse hasta una meta-ironía que destruiría su propia negación. Reconocer que todo lo que deviene se arruina y perece. Estar vigilante ante los resurgimientos y los retornos. Reconciliarse con las tres dimensiones —unitarias— del tiempo cada una de las cuales lleva consigo tres dimensiones: pasado-presente-futuro unidas con el Uno-Todo del tiempo completo. Aprender a entrenarse —corporal, síquica, meditativamente—, aprender a aprender, aprender a olvidar, aprender a rememorar. Llevar hasta el estallido el desacuerdo entre lo que los hombres hacen y lo que dicen y piensan. Dar muestras de tacto y de espíritu de revuelta, cultivar el recuerdo y la iniciativa, desencadenar, cuando sea preciso, la saludable violencia, aspirar a la renovación. Sabiendo que no hay dueño del juego, jugar lo más productivamente, lo más poéticamente posible. Saber acoger lo que viene hacia nosotros, saber perder, saber prescindir de lo que se aleja de nosotros. Aquello hacia lo que se centra la atención con suficiente intensidad, muerto o vivo, no dejará, tarde o temprano, de manifestarse.

Al haber "fracasado" el socialismo-marxismo, es decir, al haberse realizado como podía hacerlo, como motor de la industrialización de países téc-

nicamente subdesarrollados y propagador en ellos de los *principios* de la Revolución francesa, no hay ya mito optimista dominante, en otros términos: ilusión mayor. Para los avisados, se entiende. Tendremos, pues, que vivir sin esperanza de volver "mejor" a la humanidad.

Sobrepasando la ética del ser como presencia y del no-ser como obsesión, aprendiendo a aceptar tanto la ternura como la violencia, situados y acomodadores en el juego de sombra y de luz, tenemos también que fecundar el pasado, vivificar el presente, escrutar el porvenir. Sobrepasando todo idealismo y todo materialismo (ya que cada uno de ellos hace referencia a su contrario), toda teoría y toda práctica. Al vacilar todo sujeto y al ocultarse todo objeto, tendremos que realizar la unión de las interpretaciones sicológicas y sociológicas antes de sobrepasarlas. Aún podría tratarse de sacar a los durmientes despiertos de sus satisfacciones anodinas, de sus seguridades insípidas, en las que se han encenagado. De *hecho*, ¿por qué sacarles?, ¿con qué *derecho* se puede turbar el sueño dogmático y las inquietudes inconsecuentes? ¿Durmientes o despiertos no participan en el juego? Sin olvidar a los que se olvidan de a dónde conduce el camino, como decía ya Heráclito, se trata de ahora en adelante de saber y comprobar que verdad y libertad no son ya nociones pertinentes. En un mundo natural desnaturalizado, en

un mundo humano deshumanizado, en un mundo social y socialista desocializado, en una palabra: en un mundo real desrealizado, ¿con qué audacia afrontaremos las ilusiones y la gran ilusión, la apariencia trascendental, contra la que chocan todos los juegos humanos particulares y condicionados en la búsqueda de lo incondicionado?

Hasta ahora parece que no ha existido la grandeza más que acompañada de mentira. Esto no está a punto de cambiar, porque todas las promesas y las realizaciones del cambio no dejan de acarrear, también ellas, la mentira. Toda "objetivación" lleva consigo la "alienación", quedando el hombre como familiar del mundo y extraño a él. Todo pensamiento y toda acción están envueltos en su juego, por una nube de ensueño que resulta muy difícil de disociar del sueño y de las trasparencias. Los mensajes que surgen y se propagan no pueden evitar la suerte de toda transmisión: ir acompañada necesariamente de cierta disipación de la información. Pero el juego humano, no fundado en sino sobrepasado por el juego del mundo, no puede renunciar a la lucha por el poder, de ahí el asesinato de los rivales y la explotación de los inocentes. A ningún hombre pensador y activo se le ha otorgado el tener que adaptarse de buena fe a una situación con y/o sin "falsas" identificaciones. El hombre no está situado ni demasiado alto ni demasiado bajo: el humanismo en su conjunto

no ve que el centro del juego del hombre está como descentrado respecto al juego del mundo. De ahí que no se es lo que se es y se es lo que no se es. En la mezcla de lo que se es y de lo que se cree ser. En las brumas en las que se desarrollan temor, agresividad y culpabilidad. Las interpretaciones *hoy día* dominantes, marxistas y freudianas, resuelven con sus juegos el juego del hombre en un no-juego o en otros juegos. Mientras se despliega un racionalismo que no se da cuenta en absoluto de su lado poco razonable y hasta delirante. Toda medida (*metron*) brilla por su ausencia en la marcha conquistadora de lo desmesurado, que no deja, sin embargo, de ser del ámbito de lo calculable. ¿Cuál es el juego que más resiste, que persiste productivamente? ¿Quién juega tras toda presencia o toda ausencia? En este ambiente en que la diferencia, que proviene del Mismo, no se subordina a éste, se extiende el espacio-tiempo de la indiferencia. Apenas comenzamos a sospechar los secretos de la indiferencia. Porque mientras reinaba la metafísica, es decir, el idealismo y la poesía, las diferencias se mantenían en una falta de unificación. En esta aventura, sin embargo, el ideal y la poética quedaban aparte, y, como una quimera sin lazo efectivo con lo que se llama vida, este mismo desacuerdo, que jugaba, no era nombrado.

Todo ha comenzado ya cuando algo, sea lo que sea, nosotros mismos incluidos, entra en escena

y en juego. Logos y praxis, pensamiento y acción no producen, sin embargo, solamente todo lo que, para el hombre, *existe:* producen al mismo hombre, al hombre negación de lo dado, de la "naturaleza", al hombre cuyas empresas, casi todas, se juegan "para" que no tengan éxito. El pensamiento y la acción éticas no tienen nunca relación con los fenómenos brutos; hay siempre una red, un juego de relaciones. Es, pues, necesario ver los seres y las cosas, las acciones y las pasiones, a la vez en su particularidad y en su universalidad. Cada vez más todo lo que existe, lo que se hace, está atrapado en el engranaje de las tecnoestructuras. Las éticas —teóricas y prácticas— no encuentran solamente estructuras, no evitan o no se resuelven sólo en estructuras; encuentran, evitan, resuelven sin cesar acontecimientos. El espíritu de la acción ética es como todos los espíritus: no alienta donde quiere, sino donde puede. Pensamiento y acción éticas son los pensamientos y las acciones de las relaciones y de las relaciones de las relaciones. Hay, sin embargo, relaciones que se sustraen a sí mismas.

La problemática ética sufre una completa evolución y posee, a la vez, una estructura de invariación. Su destino final es poner de acuerdo la dimensión somática, la dimensión síquica y la dimensión intelectual y espiritual, así como la dimensión física, la dimensión social y la dimensión tecnoló-

gica. Operando, en la medida de lo posible, una síntesis, una captación simultánea de todos estos aspectos simétricos y complementarios. La problemática ética evoluciona, pues, y permanece igual. Llega casi a su destino final, podría decirse, haciéndose absorber en y por el juego del ser en devenir de la totalidad fragmentaria y fragmentada del mundo multidimensional y abierto. Hasta llega a su destino final haciéndose absorber sin más. Es por esto por lo que no parece que tenga ya vigencia en el terreno social, político, histórico. Aunque la misma ética se haga absorber, la problemática, sin embargo, permanece y sigue su curso subterráneo.

En el mundo lleno de ilusiones y, sin embargo, ya deshechizado que se abre a nosotros, a nosotros y a nuestro desencanto, tendremos que conocer muchos flujos y reflujos, muchas resurrecciones del pasado, muchas modas pasajeras, muchos proyectos del futuro. El pensamiento como teoría (contemplación, intuición, dialéctica especulativa) y práctica (utilización) del logos, y la acción en cuanto producir y hacer, actuar y provocar otras acciones y reacciones, en cuanto praxis que implica una teoría, tendrán que entregarse, en la espera de la problemática ética en particular, a un juego sutil y lleno de matices. Orientándose entre otras cosas a una cierta superación del nerviosismo y de la angustia que se generalizan, la ética

problemática tendrá que jugar un juego hecho de aceptación y renuncia de reivindicación y de reconciliación, de constatación y de contestación, de revoluciones y de reformas, de puesta en duda y de apaciguamiento. Sin ponerse en manos completamente del ascetismo ni totalmente del hedonismo, el juego sutil y matizado de esta ética deberá entregarse a la vez a la práctica de cierto ascetismo y a la búsqueda de cierto placer. Sabiendo y osando tomar y ofrecer, este juego conquistador y sacrificante sabría respetar el atrevimiento de lo que aspira a estar profundamente tranquilo en el consentimiento, en el dejar ser, en el dejar jugar. Si la civilización mundial, tecnocientífica e industrial no está destruida, si no hace —a través de constantes cambios— más que consolidarse, si puede ser dominada y sobrepasada por la preparación a otra apertura, esta nueva apertura comportaría necesariamente un juego de la ética problemática ya previsto.

Hasta ahora, el axioma moral fundamental ha sido: el individuo debe vivir de acuerdo con las costumbres, con los hábitos y las leyes escritas y no escritas del pueblo en el que vive; mientras estas costumbres, estos hábitos y estas leyes resistan a las críticas, a las reformas, a las revoluciones; después, todo será otra vez semejante. El individuo, que no se somete a todo esto, tiene todas las probabilidades de perecer (a no ser que

produzca algo "nuevo" aceptado): como desviacionista, como criminal, como loco. Que la moral sea pagana, cristiana, burguesa o socialista importa poco aquí. Poco importa aquí igualmente que proponga un ideal o construya una utopía o que preconice el primado de lo material y lo práctico que existe: las dos actitudes poseen un denominador común o más bien ambas provienen de una actitud común. Las implicaciones entre la ética y la política no tienen ya que ser demostradas. Sin embargo, cada una supera a la otra, puede oponerse a ella, transgredirla. Si la política es mucho más masiva y eficaz en lo que construye y destruye, el poder de la ética reside en la problematización. Este poder no es el del moralismo; pertenece a la ética, la cual pertenece al pensamiento general (¿hay que llamarlo aún especulativo?). De todas formas, no se trata, en la dimensión ética, de lanzarse a meditaciones interminables; un breve, intenso e intempestivo momento del pensamiento basta. El problema no reside en la edificación de una filosofía de la moral y, todavía menos, de una filosofía moral. El horizonte del problema reside en el hecho de que se hará lo que se puede más bien que lo que se "debe" (según criterios problemáticos tangentes al "saber absoluto"). El máximo de lucidez suprema es insoportable a los individuos y a las masas. Todo el mundo trata de situarse —práctica e ideológicamente

(muy a menudo en el pequeño nihilismo; el gran nihilismo que nos engloba traerá consigo aún muchos derumbamientos incluido el de la fe en los remedios)—, desconociendo el poder a la tradición y poco abiertos a la renovación y a la sabiduría. Pero, aún más allá del círculo saturado de la representación y a través del activismo, no evitaremos lo inevitable: jugar el juego, ser jugados por el juego. "Finalmente", sumergido, como un submarino combatiente dotado de un periscopio, en las aguas agitadas de la acción, sin cesar de pensar y de actuar, en una palabra, de jugar: *guarda e passa!*

INDICE